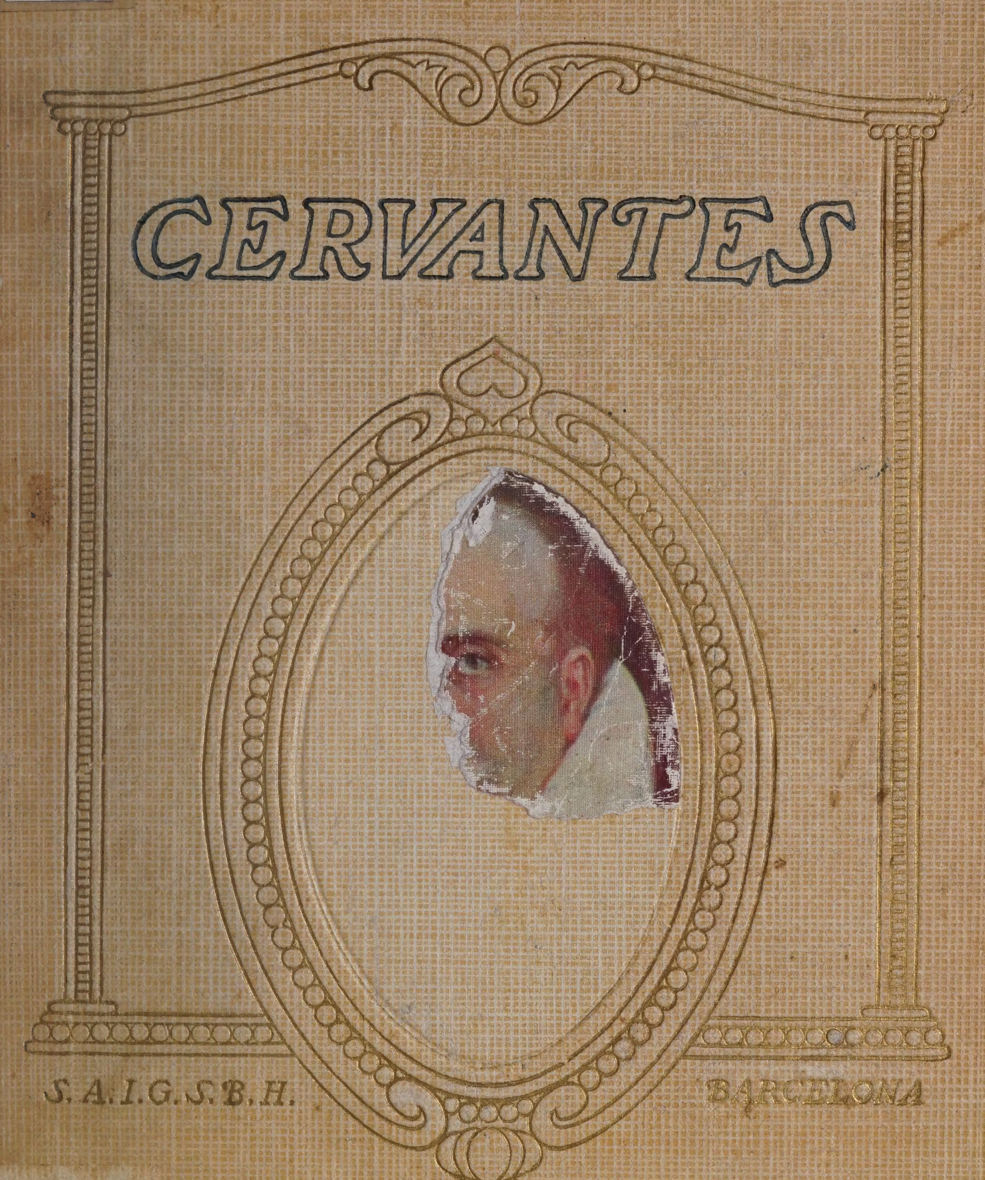
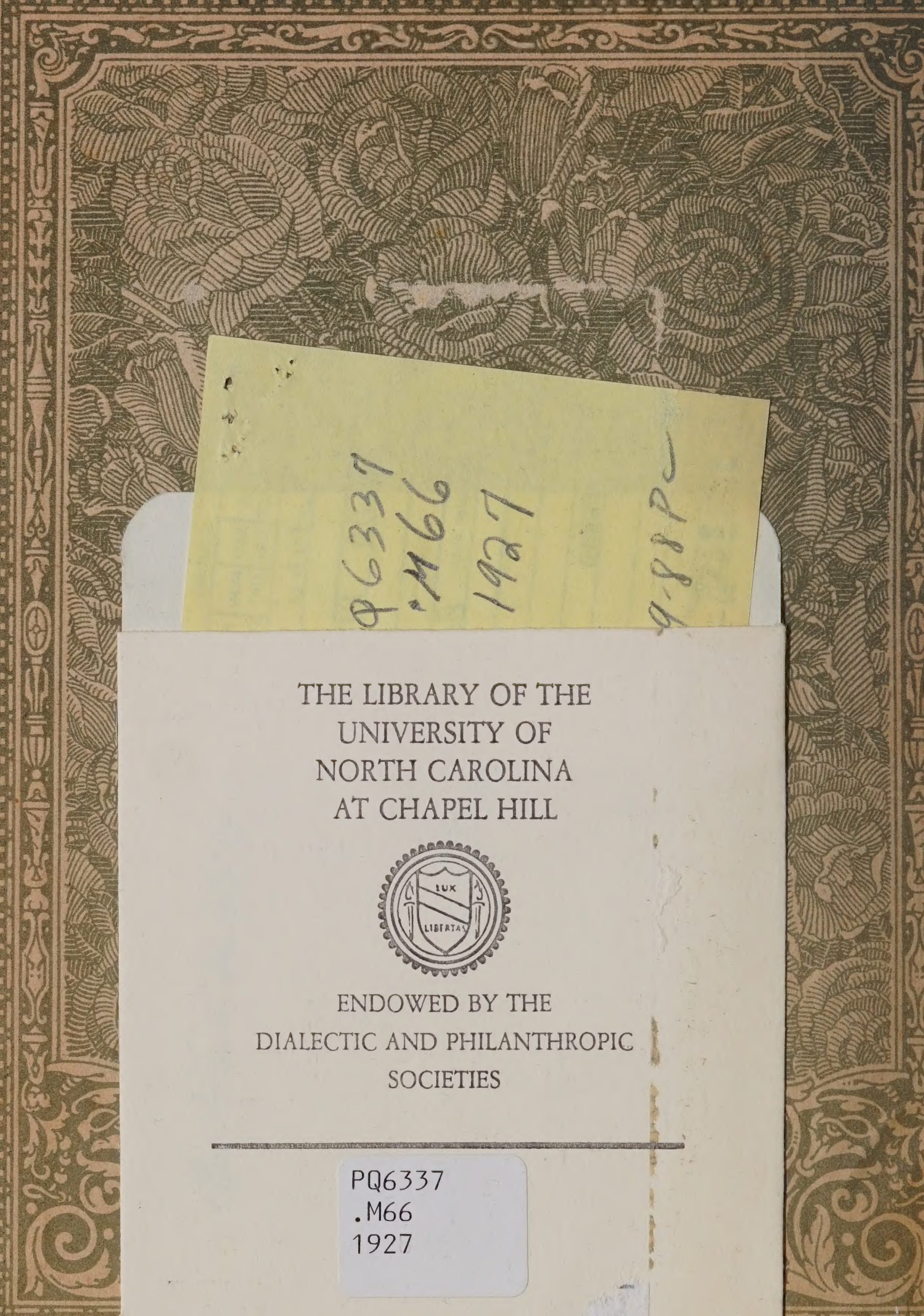
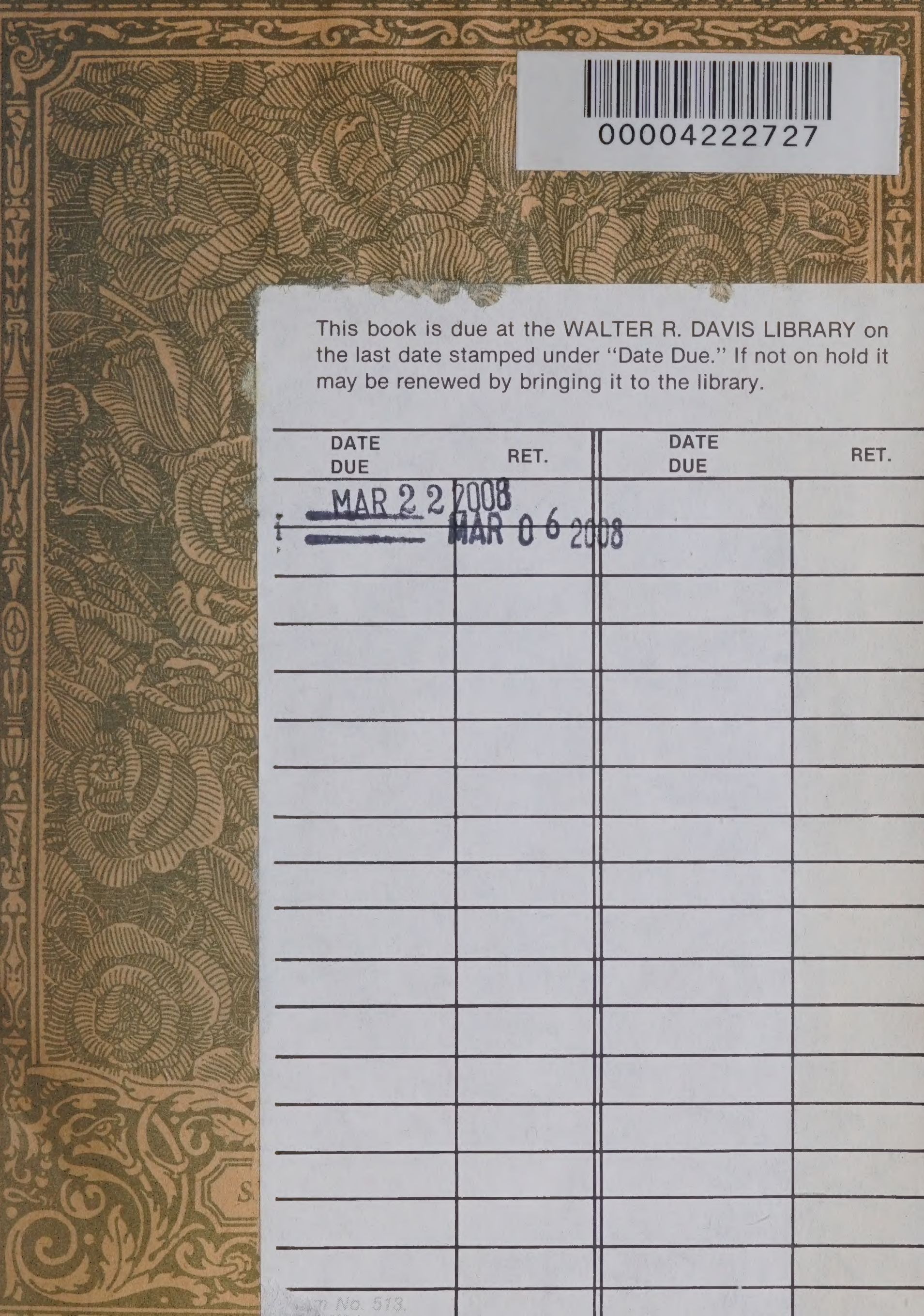
...DAS DE GRANDES HOMBRES



CERVANTES

S. A. I. G. S. B. H. BARCELONA





CERVANTES

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN DE GAZIEL

Vida de CERVANTES

POR

MANUEL DE MONTOLIU

Licenciado en Filosofía y Letras

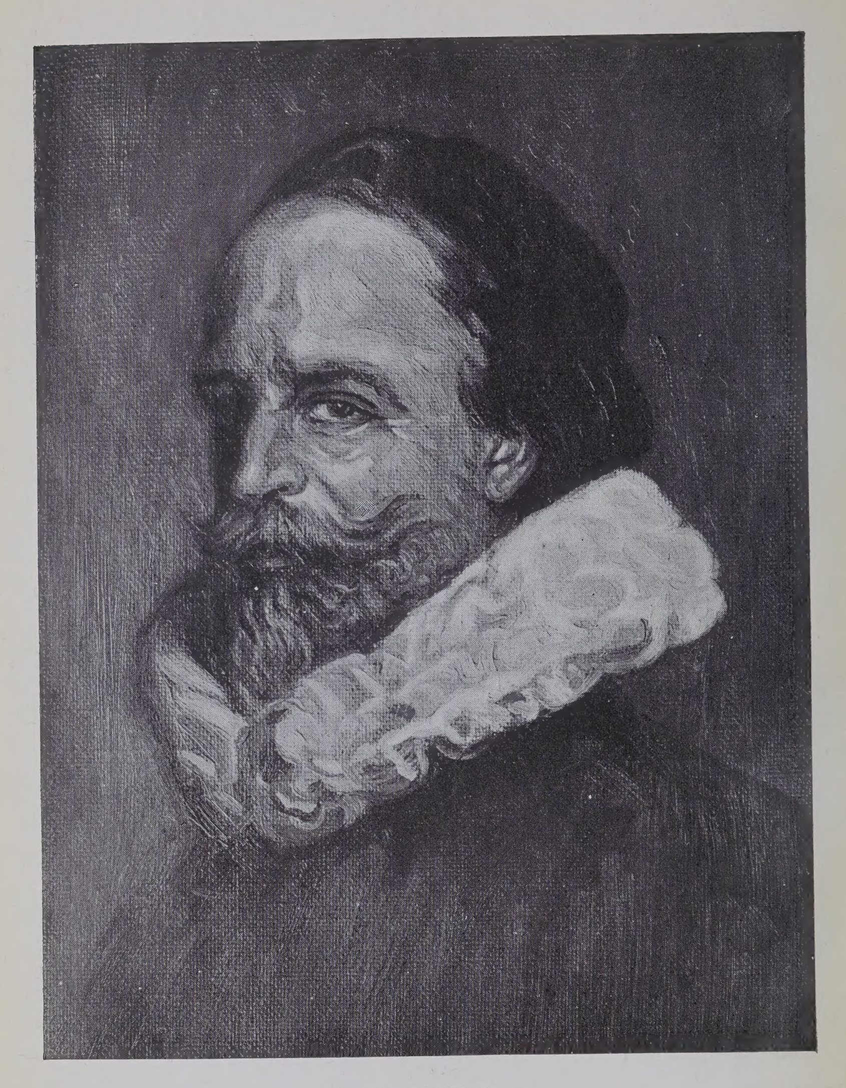
CUARTA EDICIÓN



I. G. SEIX & BARRAL HERMS., S. A. - EDITORES

Provenza, 219 - Barcelona

1927



CERVANTES

PREFACIO

Los editores de esta serie de libros para la juventud, se complacen en conservar el siguiente prefacio, al igual que en los volúmenes anteriores, como testimonio de colaboración perdurable con el espíritu que lo dictó y en debido homenaje a su memoria.

Esta colección de biografías tiene por objeto poner de manifiesto el grado supremo de la actividad y la nobleza humanas, para que los jóvenes, tan inclinados por instinto a admirar todo lo que significa esfuerzo viril y heroísmo, gocen en la lectura de los hechos magníficos engendrados por el amor a la patria, el severo sentimiento del deber, el valor personal, el desprecio del peligro, la noble ambición, la encendida religiosidad o las maravillosas creaciones de la inteligencia; y los que sean capaces, sientan nacer en ellos deseos ardientes de dignificar y espiritualizar de algún modo su vida. Pues no existe lectura más sugeridora de un elevado ideal, ni que más contribuya a decidir la vocación y a formar un carácter, que la lectura de las vidas de los grandes hombres.

"En la vida de los grandes hombres aprendemos a pensar como ellos pensaban. Nuestro pequeño pensamiento,

en contacto con los grandes, crece", ha dicho un autor; y a esto añadiremos que son incontables los casos de los que, hallándose en circunstancias difíciles, encontraron en el recuerdo del ejemplo dado por un grande hombre el valor y el estoicismo suficientes para sobrellevarlas.

La lectura de las vidas de los hombres superiores, dará además a conocer lo que la Humanidad, y por consiguiente cada uno de nosotros, les debe; y al aprender que todo se lo debemos a ellos y que las hermosas e ilimitadas probabilidades que nos ofrecen el presente y el porvenir son fruto de sus trabajos, y en muchos casos de sus hondos sufrimientos, nos sentiremos agradecidos y nos inclinaremos con admiración y respeto ante esos muertos ilustres.

Junto a los héroes, cuya vida se ha exteriorizado en actos de visible transcendencia en la historia de la civilización, aparecerán también las grandes figuras de algunos contemporáneos, y tampoco olvidaremos las de aquellas humildes víctimas del deber cuyo sacrificio diario y desconocido hace posible la conservación de la seguridad y el bienestar sociales, para mostrar cómo el heroísmo no se manifiesta siempre en hechos aparatosos, sino que también cabe, y quizá sea esta su forma más pura, en el sencillo cumplimiento estricto del vulgar deber cotidiano.

* * *

Una colección de esta naturaleza era necesaria. Hasta ahora, las vidas de los grandes hombres se hallaban esparcidas en obras voluminosas, muchas de ellas indigestas,

no expurgadas y de difícil, por no decir imposible, acceso a la juventud. De lo que principalmente nos hemos preocupado es de presentarlas de modo que la acción se desarrolle viva, palpitante, expresiva por sí misma, sobria de comentarios. En esta forma, el trabajo crítico y de apreciación queda casi exclusivamente a cargo del lector, y si el héroe incurre en alguna falta, pues al fin y al cabo es un hombre, el buen sentido la reprobará, sin que sea necesario llamar sobre ella la atención, ni estorbar o enfriar la llama del entusiasmo que el relato pretende mantener encendida.

† JUAN PALAU VERA



D. QUIJOTE DE LA MANCHA (Cuadro de M. Jadraque)

VIDA DE CERVANTES

"El presente y el porvenir pueden considerarse como rivales, y quien solicite los favores del uno no ha de esperar sino los desdenes del otro." Estas palabras, que dijo un artista inmortal y que encierran una verdad tan grande como amarga, hubiera podido decirlas don Miguel de Cervantes Saavedra, el inmortal autor del *Don Quijote.* En efecto; no sabríamos hallar a esa triste verdad ilustración más elocuente que la vida de Cervantes, vida obscura y desdichada de un hombre que, consciente de su propio mérito y superior a todas las pequeñeces del presente, labra serenamente su obra imperecedera, de cara al porvenir, de cara a la eternidad, y sigue el camino que le ha de llevar a la gloria, con un íntimo desdén hacia todos los desdenes de la fortuna y de la sociedad que le rodea. El laurel del genio que ciñe hoy las sienes del inmortal autor del *Don Quijote,* no le fué otorgado por sus contemporáneos ni sus compatriotas. Sus contemporáneos y sus compatriotas le tuvieron puramente como un talento notable, que eclipsaron los rayos deslumbrantes de otros ingenios coetáneos suyos, exaltados ya en vida hasta el trono de la gloria y de la inmortalidad. Fué necesario que transcurriesen largos años después de su muerte; fué necesario que su creación inmortal del

Don Quijote traspasase las fronteras de su patria y constituyese las delicias de toda la Europa culta, para que su patria, al fin, llamándose a engaño y arrepentida tardíamente de su culpable olvido, volviese los ojos a aquel obscuro escritor que durante su larga vida aventurera había sido soldado, cautivo, perseguido, encarcelado, menesteroso y, generalmente, desconocido y despreciado, y le rindiese el más cumplido homenaje, colocándole en su alto y debido pedestal, como la más excelsa gloria de la patria y uno de los genios más grandes de la Humanidad. Él, que jamás había solicitado los favores del presente, para él tan despiadado, antes los había desdeñado con alma viril, los ha obtenido cumplidos y sobrados del porvenir, que es la eternidad. Él, que no logró el éxito justo y merecido entre los hombres de letras contemporáneos y coetáneos suyos, vive hoy en el alma de la Humanidad. La inmortalidad sólo puede ser conquistada con el dolor.

Empieza por ignorarse la fecha exacta de su nacimiento. Sábese tan sólo que fué bautizado en 9 de octubre de 1547. Mucho tiempo pasó antes que se supiese exactamente el lugar de su nacimiento. Nada menos que siete poblaciones se disputaron durante largos años la honra de haber sido cuna de tan egregio personaje: Sevilla, Madrid, Lucena, Toledo, Esquivias, Consuegra y Alcázar de San Juan. Por último, averiguóse a ciencia cierta haber sido Alcalá de Henares el lugar donde nació el insigne escritor. Fué bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor de dicha ciudad. Y, aun hoy en día, la tradición señala la casa donde dicen que vino al mundo y pasó los primeros años de su

vida; sólo quedan de ella unos exiguos restos, reducidos a una pared y a una puerta tapiada, enclavados en la huerta de los Capuchinos, y que aun revelan la modestia y pobreza de la familia que en ella moraba.

Los padres de Cervantes llamábanse Rodrigo de Cervantes Saavedra y Leonor de Cortinas. La familia de su padre era de noble estirpe; pero en su tiempo había decaído de su antiguo esplendor, y era pobre y sin recursos. Sábese que su padre ejerció la profesión de médico-cirujano. Nada ha podido saberse de su madre. Cervantes, aunque de natural tan expansivo, nada nos ha dicho de ella en sus obras.

La escasez de recursos de sus padres no debería seguramente permitirles dar a nuestro escritor, lo mismo que a sus hermanos, una educación en consonancia con la rancia hidalguía de su linaje. Hemos de suponer que Cervantes debió pasar una infancia feliz, compensando con la vivacidad de su temperamento y la agudeza de su observación la falta de conocimientos y de estudios y el alejamiento de los libros a que le condenaba fatalmente la pobreza de la condición de su familia. Repetidas veces se ha quejado Cervantes en sus obras de esta falta de preparación en los estudios, llamados liberales, que eran la base de toda la educación de la gente culta en aquella época. Es de suponer que no aprendió en su infancia ni mucho latín, ni mucha gramática, ni muchas humanidades, cuando, en el delicioso prólogo que puso a su *Don Quijote,* teme presentarse ante el público con una "invención menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin

anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros". Y con aquella piadosa ironía que empezaba él por aplicarse a sí mismo, declara que, a falta de verdadera erudición, que él no posee a causa de su "insuficiencia y pocas letras", no tendrá más remedio, para poner presentable su obra, que "hacer de manera que vengan a pelo algunas sentencias o latines que se sepa de memoria, o, a lo menos, que le cueste poco trabajo de buscarlos".

El que estaba destinado por Dios a ser maestro de todos, por la inagotable y profunda sabiduría del vivir que derramó a manos llenas en sus libros inmortales, no aprendió esta sabiduría en las aulas ni en las Universidades. La aprendió en la calle, en la plaza pública, en el continuo y libre comercio con los humanos. Como buen vástago de su raza, tan rica de intuición, y de su tierra, tan caldeada por el sol, debió de ser un niño de inteligencia precoz, vivaracho y lleno de donaire, rico de invención y de fantasía, alegre y decidor, un verdadero y legítimo niño de raza latina, uno de esos niños en quienes la dulce ingenuidad de la gracia infantil está desde muy temprano sazonada con el granito de sal de una gravedad prematura de hombre hecho. Debió de ser, por su vivacidad y su donaire, hermano de aquellos dos rapaces traviesos y taimados que él con tanta gracia nos ha descrito en su *Rinconete y Cortadillo*. No nos ha dejado Cervantes en sus obras noticia alguna referente a su infancia; mas, a pesar de ello, al creador de tantas famosas y felices invenciones, nos lo hemos de figurar en su infancia como un niño de ojos retozones, de sonrisa traviesa y de famosas ocurrencias, y,

al mismo tiempo, fino observador de las debilidades ajenas y del lado ridículo de las cosas, dotado de un gran sentido de justicia y de una gran sensibilidad para los desgraciados, todo lo que le debió valer en su primera infancia más de un mojicón, como más adelante, en su edad madura, le hubo de valer más de un serio disgusto y más de un desdén de graves consecuencias.

Últimamente, valiosos estudios de algunos eminentes eruditos, han llegado a probar que Cervantes había estudiado, más o menos, en las Universidades de Alcalá y de Sevilla. Pero, sea como sea, lo cierto es que nunca Cervantes se distinguió por su cultura intelectual ni por su erudición, y siempre se tuvo por un hombre cuya única sabiduría le había sido enseñada por la más grande y quizá la única de las maestras: la misma vida. Esta falta de estudios y el no poseer ningún grado ni título académico, le acarrearon, por cierto, más de una vez las burlas de sus maliciosos colegas, a quienes su portentoso genio hacía sombra. Con todo, no se ha de suponer que Cervantes desde su edad temprana, dotado como estaba de tan clara y perspicaz inteligencia, no sacase gran provecho de los estudios que pudiera seguir. Sus aficiones intelectuales de niño nos las ha dejado él mismo consignadas en varios pasajes de sus obras. Su amor a la poesía y su vocación de escritor debieron revelarse en él desde muy temprano. Cuando era todavía un muchacho, vió representar algunas comedias y entremeses al famoso Lope de Rueda, célebre actor y autor cómico de aquellos tiempos. El placer que le proporcionó en su tierna edad este inmortal artista no

se le borró jamás de la memoria, y era ya de edad muy avanzada cuando aun refrescaba en sus escritos recuerdo tan grato: "Yo, como el más viejo que allí estaba, escribe él en el prólogo de sus *Comedias*, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento..., y aunque por ser muchacho yo entonces no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos agora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho".

Su amor a la poesía fué grande desde su más temprana edad, como él dice:

Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía.

(Viaje al Parnaso.)

Pero no tardó mucho en reconocer que este amor a la poesía era superior a su vocación de poeta. En efecto; Cervantes, como poeta, no pasó nunca de una medianía; y aunque él puso particular empeño en cultivar las musas, siguiendo la inclinación que desde sus tiernos años a ellas le arrastraba, reconoció algunas veces, con admirable sinceridad, las medianas dotes de poeta que le adornaban:

....
Yo que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el Cielo.

(Viaje al Parnaso.)

Fué creciendo Cervantes con más ganas de instruirse que ocasiones para satisfacerlas. Su afición a la lectura

debió de ser muy grande, cuando él mismo, en su *Quijote*, declara que "es muy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles" (Cap. IX). En su ciudad natal había una famosa Universidad, y si en ella, por culpa de la escasez de sus recursos, no pudo estudiar, debió de conocer de sobra la turbulencia y el bullicio de la vida estudiantil, que con tanto donaire y vivos colores nos ha pintado él en varias de sus novelas, principalmente en *La tía fingida*.

Se sabe el nombre de uno de sus maestros: el presbítero Juan López de Hoyos, varón erudito y piadoso, que regentaba una escuela de Humanidades en Madrid. Hallamos a Cervantes en esta ciudad en 24 de octubre de 1568, día en que en la capital se celebraban las solemnes exequias de la reina Isabel de Valois, mujer de Felipe II. El Ayuntamiento de Madrid encargó al maestro Juan López de Hoyos componer las inscripciones, los lemas y las alegorías que habían de figurar como adornos en la decoración de la iglesia el día de los funerales. Con este motivo escribió una composición en que relataba los incidentes de la enfermedad, muerte y exequias de la reina, y la acompañó de otras composiciones poéticas de sus discípulos, unas en latín y otras en castellano. Entre ellas figuran algunas de Cervantes, las primeras que de él conocemos: un soneto, cuatro redondillas, una copla y una elegía en tercetos. Esta última composición está escrita en nombre de todo el Estudio y dedicada al cardenal Espinosa. Su maestro, en la relación antedicha, colma de elogios a nuestro novel escritor, y le llama más de una vez su *caro y amado discípulo*. Contaba entonces veintiún años. Estas primeras

composiciones de nuestro escritor no hacen presentir el genio que en él se encerraba. Olvidadas estarían en el montón de las cosas que el tiempo implacablemente sume en la obscuridad, si no constituyesen manifestaciones de aquel espíritu que más adelante había de asombrar al mundo con su poder supremo de invención y su inagotable y generosa vena de humanidad.

No era el destino de Cervantes llevar en la corte una vida sosegada. Pronto había de empezar para él la vida agitada y aventurera que llenó toda su juventud y parte de su edad madura, y gracias a la cual, seguramente, pudo llegar a la sazón su gran talento, no hecho para soñar vaciedades de poeta cortesano, sino para aprender lecciones de alta idealidad en las duras realidades de la vida. Por aquel tiempo fué a Madrid, en calidad de Legado especial del papa Pío V, monseñor Julio Acquaviva. El Pontífice le envió a Felipe II con el pretexto de darle el pésame por la muerte del príncipe don Carlos; pero, en realidad, para arreglar ciertas diferencias surgidas entre la jurisdicción eclesiástica y la civil. No tardó mucho el Cardenal en salir de España para volverse a Roma. Era Julio Acquaviva un joven de veinticuatro años, de una distinción y de una cultura exquisitas; gustaba mucho del trato con hombres de letras y artistas, de los cuales era espléndido protector. Conoció en Madrid a Cervantes y prendóse de sus buenas cualidades de hombre y de escritor, y aceptóle gustoso en su servicio. Así fué como Cervantes, hecho camarero de Julio de Acquaviva, salió de España para Italia en diciembre de 1568.



Armas de fuego del siglo XVI: arcabuces, pistolas, etc. (Armería Real de Madrid)

Este viaje había de ser de grande y decisivo provecho para Cervantes. Italia era entonces la gran maestra de toda Europa. Las artes, las letras y las ciencias tenían en ella su emporio. Todas sus ciudades más importantes, las cortes de sus grandes señores, y, sobre todo, la de los Papas en Roma, eran focos brillantes de cultura donde los poetas, los pintores, los músicos y los arquitectos más excelsos admiraban al mundo con un verdadero derroche de creaciones portentosas. Si algún país había en aquel tiempo dentro de Europa que pudiese dar lecciones de la cultura más escogida en todos los ramos, era ciertamente la Italia del Renacimiento. Cervantes viajó mucho por Italia, y con las citas mezcladas de entusiastas elogios que de ciudades y lugares de Italia nos dejó en sus obras, podría reconstituirse sus itinerarios. Salió de España por Valencia y Cataluña, y siguió su camino por el Mediodía de Francia, el Piamonte, el Milanesado y la Toscana, hasta llegar a Roma.

Estaba Italia en aquel entonces llena de españoles, por dominar nuestra nación en diferentes países de aquella península. Estudiantes, gentes de armas y empleados, amén de los grandes señores con los personajes de su séquito, sus protegidos y su servidumbre, constituían una masa considerable de población española. Todo, pues, ayudaba a hacer agradable la vida de Cervantes en su nueva residencia. En el palacio de un magnate de la alcurnia de su señor Julio Acquaviva, tendría con seguridad continuas ocasiones de trabar conocimiento y amistad con lo más selecto de la sociedad italiana y española de Roma, con figuras eminentes de la aristocracia civil y eclesiástica y de las artes y de las

letras. Hallábase materialmente dentro de un ambiente del más refinado gusto artístico, que imperaba soberanamente en aquel foco de la corte papal, que irradiaba los destellos más deslumbradores del genio humano, personificado en las figuras más excelsas del Renacimiento artístico e intelectual de Italia. No tenía que preocuparse por las materiales necesidades de la vida, que proveía con holgura la pródiga esplendidez de la casa de aquel magnate romano. Pero el genio de Cervantes, aun con todas estas ventajas, se sentía cohibido y encadenado en su calidad de doméstico de aquel gran señor, y su vocación irresistible se hizo sentir todavía con más fuerza en medio de aquellas facilidades de una vida amable y sonriente que le brindaban las nuevas circunstancias. Cervantes, lleno de la vocación de escritor, sentía en su interioridad la necesidad ineludible de una mayor libertad, el anhelo inaplazable de abrir las alas por el mundo, para aumentar el tesoro de su experiencia y de su conocimiento de los hombres; pues unas facultades extraordinarias como las suyas necesitaban nutrirse con el alimento inagotable de la vida humana, vista en toda la infinidad de sus aspectos y en toda la libertad de sus movimientos. Este imperioso llamamiento de su vocación lo debió sentir entonces con una violencia irresistible. Él no era de la madera de los criados. Y su oficio en la casa del Cardenal no podía satisfacer su orgullo y su deseo de libertad. Era una profesión libre la que le convenía a él, audaz observador de los hombres; y en aquel tiempo las profesiones libres, asequibles a un hombre de su modesta posición y de sus años, eran contadas. El mismo Cervantes,

en la *Historia del Cautivo,* inserta en la primera parte de su *Don Quijote,* cita un refrán que dice: "*Iglesia, o mar, o casa real;* como si más claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, o siga la Iglesia, o navegue ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los Reyes en sus casas, porque dicen: *más vale migaja de Rey, que merced de señor*". Servir al Rey era entonces, y es aún hoy en lenguaje popular, lo mismo que servir en las armas y hacerse soldado. Así, pues, dejando las mercedes de los señores por la migaja de los Reyes, que para él valía infinito, porque daba la libertad necesaria a su espíritu independiente, hizo la resolución de entrar en la milicia. En el año 1570 se le presentó para ello coyuntura propicia. Alistóse en la compañía que mandaba Diego de Urbina, capitán en el célebre regimiento de infantería de Miguel de Moncada, que entonces servía bajo las órdenes de Marco Antonio Colonna. El soldado español, en aquella época, era personificación de la gloria. Las maravillosas conquistas de América le rodeaban de una aureola de leyenda. Toda Europa estaba bajo sus pies. El soldado español era símbolo de la victoria. Ser soldado español equivalía a ser universalmente respetado, equivalía a ganar la independencia de espíritu y a encumbrarse al rango de una aristocracia que, en magnanimidad, valor y nobleza de ánimo eclipsaba a todas las de las demás naciones. Podemos, pues, imaginarnos la ilusión y el entusiasmo que Cervantes debió sentir al ceñirse la espada y verse por primera vez entre las filas de aquellos tercios gloriosos que disponían del mundo a su antojo.

En la Europa cristiana reinaba en aquella sazón gran

inquietud por los recientes triunfos alcanzados por los turcos. Dueños de Constantinopla desde 1453, habían proseguido sus conquistas durante todo el siglo XV y el siguiente, y solamente gracias a los esfuerzos gigantescos de las naciones cristianas, se había podido detener su irrupción, que amenazó en más de una ocasión extenderse hasta el mismo centro de Europa. En aquel tiempo el sultán Selim II se había apoderado alevosamente de la isla de Chipre, que era posesión de la república de Venecia. Ésta impetró el auxilio de todos los príncipes cristianos. Éstos se hallaban divididos entonces en bandos irreconciliables. Bullía toda la Europa en ardientes luchas religiosas. Católicos y protestantes, no solamente despedazaban la Europa con sus guerras sangrientas e interminables, sino que, en sus odios, no respetaban tampoco la unidad sagrada de su misma patria. No es extraño, pues, que la voz angustiosa de auxilio lanzada por la república de Venecia en aquel doloroso trance, no encontrase el eco que merecía en todos los pechos de la cristiandad. Mas no por esto dejaron de acudir al llamamiento algunos príncipes generosos. Fué el Pontífice romano el que en primer lugar dió oídos a la angustiosa súplica de Venecia y se aprestó a proporcionarle los socorros necesarios. Acudió el Papa a Felipe II, quien, sin hacerse rogar, facilitó inmediatamente numerosas naves y tropas para la empresa. En estas tropas entró a servir nuestro Cervantes.

La liga o alianza contra los turcos quedó definitivamente constituída en 1571 entre el Papa, Felipe II y la república de Venecia. Fué nombrado jefe de todas las fuer-

zas de mar y tierra el famoso don Juan de Austria, hijo de Carlos V. Con una rapidez prodigiosa organizó éste una grande y poderosa flota, y a 15 de septiembre del mismo año zarpaba ésta de Mesina, en busca del enemigo. Encontróle el 7 de octubre inmediato en el golfo de Lepanto, donde libróse la gloriosa batalla de este nombre, en que fué derrotada y deshecha toda la escuadra turca. Iba Cervantes en la división que formaba el ala izquierda de la escuadra coligada, y que iba mandada por Agustín Barbarigo, proveedor general de Venecia. La nave en que navegaba Cervantes se llamaba *Marquesa*, e iba capitaneada por Francisco Sancto Pietro. Al entrar en combate su nave, hallábase Cervantes postrado por unas calenturas que le imposibilitaban materialmente de tomar parte en la acción. Pero, así que llegaron a sus oídos los primeros rumores de la refriega, su alma generosa no pudo reprimir su anhelo de combatir con los suyos, y se levantó y corrió a ocupar su puesto. Su capitán y sus camaradas, al verle, le rogaron encarecidamente que se volviese a su cámara, pues no le permitía su estado tomar parte en la durísima lucha que se avecinaba. Pero él, con ánimo impávido, respondió: "Señores, ¿qué se diría de Miguel de Cervantes? En todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra a S. M. y se ha mandado, he servido muy bien como buen soldado; y así, ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calenturas; más vale pelear en servicio de Dios y de S. M. y morir por ellos, que no bajarme so cubierta". A sus reiteradas súplicas no tuvo más remedio su capitán que acceder a colocarle en el lugar de más peligro, y le puso al frente

de doce soldados. Durante el combate portóse como un héroe. De aquella jornada gloriosa había de llevar una huella indeleble por toda su vida. A más de dos arcabuzazos en el pecho, de los que curó, recibió otro en la mano izquierda, que se la inutilizó por todos los días de su vida. Vanagloriose Cervantes toda su vida de este defecto corporal, huella gloriosa de su valor y entereza en aquella memorable jornada, e hizo en sus obras frecuentes alusiones a la pérdida de su mano izquierda, que le valió el apodo de "Manco de Lepanto", del que estuvo muy orgulloso toda su vida.

De regreso del combate ancló la flota en Mesina, en cuyo hospital ingresó Cervantes para curarse de sus heridas. Larga fué su curación. Por fin, al hallarse restablecido y en disposición de volver a incorporarse a las armas, vió su heroísmo premiado por la liberalidad de don Juan de Austria, que le ascendió de sueldo.

Incorporóse en abril de 1572 al tercio de don Lope de Figueroa, y tomó parte en la empresa de Levante. Concurrió a las gloriosas jornadas de Navarino y Corfú. Habiendo Francia, por medio de solapadas intrigas, conseguido apartar de la Liga a la república de Venecia, malogróse el plan de don Juan de Austria, que quería llevar un golpe decisivo contra la misma cabeza del turco. No habiendo podido por el motivo aludido llevar las armas contra Constantinopla, dirigió el Generalísimo el rumbo de su escuadra a las costas berberiscas. Los cristianos se apoderaron del fuerte de la Goleta y de la ciudad de Túnez, que más adelante habían de volver a caer, desgraciadamente, en manos de los turcos. Hallóse Cervantes en todas estas expedicio-

nes, y pasó después de guarnición a Cerdeña y de aquí a Génova, a Nápoles y a Sicilia, comportándose en todas las ocasiones como soldado valiente y pundonoroso.

Llevaba ya cinco años de activa vida militar, y, contra lo que él había esperado, su condición no había experimentado sensible mejora. Seguía siendo simple soldado y sin esperanzas de adelantar de categoría. Cinco años de privaciones continuas, de batallar incesante, de vida errabunda, habían fatigado mortalmente a su espíritu, llamado por el destino a otras más altas empresas. Debió entonces recapacitar seriamente sobre su vocación, y convencido íntimamente de que la libertad e independencia a la que él aspiraba era en vano que las buscase en la carrera de las armas, decidióse deponer su espada que con tanto denuedo había blandido por la gloria de su patria, y abrazar resueltamente la carrera de las letras, a la que le llamaba con voz imperiosa su íntima vocación. Que él no eligió mal, lo demostró él mismo cuando, más adelante, en su *Quijote,* puso en labios de su héroe aquel admirable "discurso de las armas y las letras", en el que encuentra llevaderas y hasta dulces todas las fatigas y privaciones que se sostienen para conquistar una reputación literaria, en comparación con los trabajos e infortunios de toda suerte que ha de padecer el pobre soldado. En esas páginas, tan justamente celebradas, derramó Cervantes toda la amargura de los recuerdos de sus penosos tiempos de soldado; y como nada hay más elocuente y que más viva luz arroje sobre el carácter de un hombre que sus propias confesiones, dejaremos hablar al mismo Cervantes, para hacernos cargo cabal del estado

de su espíritu al tomar la resolución de dejar una carrera que le dió tanta honra como poco provecho.

"Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en la letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado, le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede amagar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de puesta o guarda en algún rebellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina y él estarse quedo, temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece no pequeño peligro, veamos si le iguala o le hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuántos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo

una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies irá a visitar los profundos senos de Neptuno; con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que es más de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste también cae en el mar que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra.

"Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa a que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó o se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos."

Si Cervantes demostró en el transcurso de los cinco años que hizo de soldado que era capaz de sentir en toda su exaltación el ardor bélico que impele a las mayores audacias e increíbles heroísmos, no es menos cierto que su alma se sentía poderosamente atraída por las bendiciones de la paz, y que en su corazón y en su inteligencia vivía un

mundo ideal todo armonía y bienandanza, en que el amor imperaba como suprema ley. Nada revela con más elocuencia esta innata inclinación de Cervantes hacia la serenidad de la vida y la buena armonía entre los hombres, que aquella inspirada evocación de la edad de oro que hace Don Quijote, cuando, recostado en el césped, dentro del corro de unos pobres cabreros, se olvida de lo bélico de su ejercicio de caballero andante, y dejándose mecer por la suavidad idílica del momento y por lo apacible del paraje, exclama con acento de vidente: "Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del

cielo. Todo era paz entonces; todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiera hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían."

Provisto de cartas de recomendación de don Juan de Austria y del virrey de Nápoles, embarcóse para España en esta última ciudad, en compañía de su hermano Rodrigo y otras personas de categoría. Pero estaba escrito que su vida aventurera lejos de la patria no había de terminar todavía. En lugar de la vida reposada y laboriosa, en la que él soñaba, se había de inaugurar para él la época más agitada y dramática de su vida. Hacía la galera *Sol* rumbo hacia las costas de España, cuando un día, de improviso, vióse rodeada por numerosos bajeles corsarios. Iban éstos mandados en persona por el arnaute Mamí, renegado albanés, que era capitán de mar en Argel. Tras breve resistencia, la galera en que iba Cervantes tuvo que rendirse ante la superioridad del enemigo. Todos los que en la galera iban fueron hechos cautivos y conducidos en calidad de tales a la ciudad de Argel.

Triste era la condición de los cautivos cristianos en manos de dueños tan duros y crueles como eran turcos y berberiscos. Las costas septentrionales del África eran madrigueras de corsarios musulmanes, que se dedicaban al lucrativo negocio de cazar con sus galeotas bajeles de cristianos, por cuyo rescate exigían y cobraban crecidas sumas.

Esta vergonzosa piratería, que se propagó, gracias a las guerras interminables entre cristianos y musulmanes durante toda la Edad Media, perduró hasta el mismo siglo XIX. Los cautivos eran adjudicados según tasa a todos los que habían tomado parte activa en la presa; éstos quedaban dueños absolutos de sus cautivos, con potestad de vida y muerte. Y este derecho de propiedad no estaba limitado ni regularizado por ninguna ley. Los cautivos estaban condenados a toda suerte de malos tratos y privaciones. Les encerraban en infectos calabozos, les dedicaban a los trabajos más duros e inhumanos, les cargaban de cadenas, les trocaban y les vendían al antojo de sus dueños, les infligían los castigos más crueles, y al menor intento de evasión o rebelión, les ahorcaban sin la menor piedad. Sólo eran los musulmanes condescendientes en una cosa con sus cautivos: les permitían la libre profesión de su fe cristiana y el libre ejercicio de su culto.

A nuestro cautivo le cupo en suerte por dueño al capitán Dalí Mamí. El respeto con que trataban a Cervantes sus compañeros, sus maneras y su trato lleno de distinción y, sobre todo, las cartas de recomendación que encima se le encontraron, debieron convencer a Dalí Mamí de que era su nuevo cautivo persona principal, por el que podría cobrar un buen rescate. Así, pues, guardóle muy sujeto y tratóle con sumo rigor, para que con el anhelo de la libertad creciese también la cuantía de su rescate.

Recuerdos de sus tiempos de esclavitud nos los ha dejado él palpitantes en aquella *Historia del Cautivo,* tan conmovedora, que intercaló en su *Quijote.* "Con esto entretenía

la vida, escribe él en esa historia, encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del Rey, como de algunos particulares..., porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate... Yo, pues, era uno de los de rescate; que como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y la desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos."

Cervantes, durante esos cinco años de duro cautiverio, demostró otra vez el temple heroico de su alma. Lejos de resignarse a su encierro y cautiverio, no tuvo en la cabeza desde aquel momento otra idea que la de recobrar la dulce libertad. En aquella época, en que Cervantes no se había revelado todavía como escritor, se reveló la extraordinaria agudeza de su ingenio y lo fecundo en recursos de su imaginación, cualidades que tanto relieve habían de dar más adelante a su gran figura literaria. Puede decirse de Cervantes, en esta época tan dramática de su vida, que antes de escribir novelas, *vivió* una tan intensa, tan agitada y tan extraordinaria, que la tendríamos por producto de la fantasía de un ingenio peregrino y pura creación literaria,

si no tuviésemos esta historia de su cautiverio comprobada plenamente en todas sus partes por auténticos documentos.

No debió ser tan estrecha la vigilancia en que su amo tenía a Cervantes, cuando éste tuvo, a no tardar, ocasión propicia para hacer su primera intentona de fuga. Concertóse con otros compañeros de cautiverio, y ganaron la voluntad de un moro que se comprometió a servirles de guía hasta Orán, ciudad de la costa que ocupaban los españoles. Hay que consignar, como una nota muy honrosa para nuestro Cervantes, que en todos sus intentos de fuga jamás buscó la libertad para sí solo, sino que, compadecido de la triste suerte de tantos compañeros de desgracia que gemían en derredor suyo, asoció a sus arriesgadas iniciativas a otros cautivos, con el propósito decidido de presentarse él ante la autoridad como el único culpable y como el alma de la empresa, en caso de resultar ésta fallida. Cervantes supo demostrar, con los hechos que más adelante veremos, que no le guiaba en estas tentativas ni un deseo puramente egoísta de libertad ni un afán de gloria personal, sino el sentimiento altruista y humanitario que dicta siempre los actos de todo corazón fuerte y magnánimo. El día previamente convenido, salieron los fugitivos; pero, después de haber andado una jornada, el moro que les hacía de guía les abandonó, y no tuvieron más remedio que regresar a Argel, donde sus amos les impusieron severos castigos. A Cervantes le cargó el suyo de más cadenas, y le sujetó a más estrecha vigilancia.

Mientras Cervantes meditaba los planes de una nueva evasión, su familia tuvo noticia de la desgracia de los dos

hermanos y empezó a preocuparse para allegar los recursos necesarios para su rescate. Vendiéronse sus padres la escasa hacienda que les quedaba, empeñaron el dote de sus hijas, pidieron prestado a sus amigos, y sujetáronse, por su parte, a toda suerte de privaciones. Sólo hasta dos años después del apresamiento lograron los padres de Cervantes reunir una cantidad regular, que enviaron sin tardanza a Argel. Pero Dalí Mamí estimó insuficiente la cantidad, no sólo para el rescate de los dos hermanos, sino para el de nuestro Miguel. Consintió solamente en dar libertad a su hermano Rodrigo, quedando Miguel en su poder, sin esperanza de recobrar la libertad si no fuese por medios violentos o simulados. Amarga debió ser la separación de los dos hermanos. Encargó Miguel a Rodrigo que, al desembarcar en las costas de Valencia o de las Baleares, armase una nave y que la enviase a las costas de Argel, haciéndola anclar en un paraje que previamente determinarían; así él y otros de sus compañeros cautivos podrían embarcarse y huir. Cumplió Rodrigo su palabra como buen hermano, y habiendo concertado por cartas todo el plan de la fuga, una vez llegado a España armó sin perder tiempo una fragata, cuyo mando tenía un marino experto y valiente, llamado Viana. Ancló la fragata en el punto convenido, un paraje de la costa junto a una casa de campo, sita a tres millas al Este de Argel, propiedad del Alcaide Azán, renegado griego, y que cultivaba un cautivo natural de Navarra, que era conocido por sus compañeros con el nombre de Juan el Jardinero. Había en aquellas cercanías una cueva muy profunda, donde fueron a guarecerse los fugitivos a medida

que se escapaban de casa de sus amos, y allí esperaban la hora propicia para embarcarse. Toda la trama de esta aventura había sido ideada y dirigida por Cervantes. Éste había depositado toda su confianza en un tal Dorador, natural de Melilla, antiguo renegado, que había vuelto a reconciliarse con la Iglesia. Este individuo era el encargado, por disposición de Cervantes, de comprar los víveres y llevarlos a la cueva de los prófugos. Todo estaba ya dispuesto. La hora de la libertad ya sonreía a aquellos pobres cautivos, por obra de aquella gran magnanimidad de nuestro Cervantes.

La fragata no se hizo esperar. Aprovechó la obscuridad de la noche para acercarse a la playa. Ya había desembarcado la tripulación y avanzaba en busca de los prófugos, cuando la mala suerte quiso que la nave y su gente fuese notada por unos moros que acertaban a pasar por aquellos parajes. Temieron los moros no fuese una nave cristiana que viniese para saquear la costa, y, llenos de zozobra, huyeron dando voces de alarma. Advirtiéronlo los que en la nave habían quedado, y recelosos de una sorpresa, hiciéronse a la mar sin pérdida de tiempo. Al cabo de unas horas, considerando ya pasada la alarma, volvieron a hacer rumbo hacia tierra. Pero el rumor del arribo de una nave sospechosa se había ya propalado por la ciudad; habían salido al campo gentes armadas, las cuales, puestas en emboscada, tan pronto como divisaron la nave, ya anclada, arrojáronse sobre ella y la apresaron junto con todos sus tripulantes. Los de la cueva siguieron escondidos, después de haber visto, con lágrimas en los ojos, todas sus esperan-

CERVANTES CAUTIVO (Cuadro de Mariano de la Roca)

zas arruinadas. Y su alarma creció de punto cuando vieron que Dorador no comparecía y se quedaban sin alimento ni recurso. Pasaron así tres días de angustia, esperando en vano la llegada de Dorador. Cuando ya desesperaban de su suerte, compareció, al fin, su aprovisionador; pero esta vez al frente de un pelotón de soldados mandados por un jefe y armados de lanzas, alfanjes y espingardas. No podía caber duda. El Dorador les había traicionado de la manera más vil. Y, efectivamente, vieron cómo guiaba a los soldados hacia su cueva. En este instante supremo, el corazón magnánimo de Cervantes tuvo otro de sus rasgos memorables. Antes que llegasen aquellos hombres armados a la cueva, hizo prometer a sus compañeros que le harían a él solo culpable de todo el suceso. En esto ya habían llegado los soldados, y adelantándose Cervantes con paso firme, se plantó frente al jefe, y confesóse gallardamente el único autor de aquel proyecto de fuga y excusó a los demás, por haber obrado bajo su instigación. Una tan extraordinaria nobleza de ánimo debió sobrecoger de asombro a los perseguidores, quienes, indecisos y perplejos, no sabían qué partido tomar. Enviaron una misión al Rey pidiendo órdenes, y éste contestó ordenando capturar a aquellos infortunados y confinarlos en su baño. Atado con fuertes ligaduras fué así conducido nuestro Cervantes junto con sus compañeros a la ciudad, y llevado a presencia del Rey como principal autor de aquel acto de rebeldía.

El Rey que en aquel entonces gobernaba era Azán, que había sucedido a Uchalí. Pero, así como éste se distinguía por cierta nobleza de carácter y por un corazón compasivo,

su sucesor era un tirano feroz y cruel, que se complacía con los tormentos y penalidades de los cautivos cristianos que caían en sus manos, a los que trataba con inhumana crueldad y les condenaba a los más refinados suplicios, que, a veces, quería por un infame capricho ejecutar con sus propias manos. En el *Quijote* nos ha dejado Cervantes un retrato espeluznante de este monstruo: "Cada día, dice, ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba a aquél, y esto por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más que por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano."

Cervantes, por las costumbres seguidas en el país, había de pasar al dominio del mismo Rey de Argel. Éste tenía derecho de propiedad sobre los cautivos prófugos o perdidos que sus esbirros lograban cazar. Reyes de Argel hubo que llegaron a reunir bajo su poder dos mil cautivos, que, encerrados en inmundos baños en espera de su rescate, constituían un tesoro fabuloso de la casa real.

Llevaron, como hemos dicho, a Cervantes a presencia de aquel tirano. Hízole éste sufrir un largo interrogatorio, deseoso de hallar numerosos cómplices de su intento de fuga, sin duda para cebarse en la sangre del mayor número de víctimas posible. Mas, a pesar de las capciosidades de que se valió para que descubriese y delatase a sus copartícipes, nada logró aquel déspota sino arrancarle la misma declaración que había ya hecho ante sus soldados, a saber: que él solo era el autor de todo, que él solo merecía el castigo. Aquella imperturbable entereza de ánimo debió pas-

mar a aquel tirano, acostumbrado a ver frente a él rostros lívidos y lenguas balbucientes. No se sabe ni se explica cómo fué, pero lo cierto es que Azán respetó, por fortuna de la Humanidad, la vida del pobre Cervantes, y se contentó con mandar encerrarle en el calabozo, junto con los demás cautivos.

Este peligroso trance de su vida debió quedar grabado con carácter indeleble en la memoria de Cervantes, y así vemos que alude a él de paso en la historia que pone en boca del *Cautivo,* en la primera parte del *Quijote,* y que ya hemos tenido ocasión de mencionar: "Sólo libró bien con él (Azán), dice el *Cautivo,* un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia."

Dalí Mamí, el antiguo dueño de Cervantes, reclamó a su cautivo y lo recobró; pero poco tiempo después lo vendió al Rey por el precio de quinientos escudos. ¡A este precio irrisorio se tasaba aquella cabeza privilegiada que hoy tiene la Humanidad como uno de sus más inapreciables tesoros! Bien es verdad que sus propios compatriotas no llegaban a valorar ni en quinientos escudos a aquel cautivo, que

estaba destinado a ser una de las más altas glorias de la Humanidad: ignoraban su existencia.

Los baños del Rey, a los que fué a parar Cervantes, se hallaban atestados de cautivos; entre los miles de ellos encontró éste a tres caballeros con quienes trabó particular amistad. Resultó que los tres se hallaban en relaciones con el gobernador español de la plaza de Orán, donde Cervantes contaba también con algunos amigos. Cervantes, que jamás escarmentaba, vió al momento otra ocasión propicia para intentar la fuga. Hizo escribir a sus compañeros sendas cartas de recomendación, y, juntándolas con la suya, las entregó a un moro de su confianza, quien quedó encargado de llevarlas a Orán. En las cartas pedían al gobernador y a sus amigos que les enviasen hombres de confianza que les ayudasen a poner en práctica sus intentos de fuga. Pero otra vez la suerte destruyó los proyectos de nuestro cautivo. El moro mensajero fué sorprendido y preso en el momento de entrar en el territorio de Orán, y llegado a Argel fué empalado. El pobre moro fué fiel y leal, pues nada descubrió de los proyectos de los cautivos españoles; pero encima de él se encontraron las cartas que comprometían a Cervantes y a sus compañeros. Azán hizo comparecer a Cervantes a su presencia, y le condenó a recibir dos mil palos. Pero, no se sabe por qué, también esta vez logró Cervantes escapar a tan terrible castigo. El Rey revocó su primera orden, y Cervantes volvió al baño con su piel intacta.

No amedrentaron ni abatieron a Cervantes los serios peligros a que se había expuesto, antes bien le infundían

nuevos ánimos, y cada nuevo intento fallido era para él una experiencia provechosa, que le enseñaba a proceder en lo sucesivo con mayor cautela y más refinada astucia. Ya lo dice él mismo por boca de aquel *Cautivo,* a cuya historia tantas veces nos hemos referido: "Ya había probado mil maneras de huirme y ninguna tuvo sazón ni ventura. Y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondía el suceso a la intención, luego, sin abandonarme, fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca."

Cervantes había contraído amistad con un cierto renegado, natural de Osuna, cuyo nombre era Girón, pero que era conocido entre los moros con el de Abderramán. Logró Cervantes hacerle entrar en sus planes de fuga. Quedaron convenidos en que Girón armase una fragata bajo el pretexto de hacer el corso y, en realidad, para dirigirse a España y libertar buen número de cautivos principales. Hicieron interesar en la empresa a un mercader valenciano, llamado Onofre Exarque, que se hallaba establecido en la ciudad, el cual puso a disposición de Cervantes más de mil trescientas doblas, para proveer a todo lo necesario. Mas también esta vez había de fracasar el intento: un traidor desbarató los planes. Fué éste un tal Juan Blanco de la Paz, que había sido religioso dominico, y era un hombre perverso además de mal sacerdote. Supo éste el proyecto de Cervantes y de sus compañeros, y seguramente seducido por el cebo de una recompensa, fué a delatarlo todo al Rey.

Éste otorgóle por toda recompensa un escudo de oro y una jarra de manteca. Nada dijo ni hizo el Rey con el fin de preparar mejor su castigo y poder coger a todos los conjurados en un momento dado. Pero el secreto de sus planes no fué tan absoluto que impidiese llegar a oídos de los cristianos vagos rumores de haber sido sus planes descubiertos. Cervantes se veía ya en peligro inminente de perder la vida. Onofre Exarque, que también se veía en peligro, propuso a Cervantes que aceptase una cuantiosa suma para su rescate y que se salvasen juntos, huyendo a tiempo. Cualquiera otro que Cervantes, hubiera aceptado tan ventajosas proposiciones. Pero él había de demostrar, en ocasiones como ésta, que era el alma generosa de siempre que se olvidaba de sí mismo para atender al bien y a la salvación de los que en él habían confiado su suerte. Así es que dijo al mercader que estuviese tranquilo, que a él no le arrancarían la menor palabra comprometedora para ninguno de sus compañeros. La primera providencia que tomó Cervantes fué huir del baño en que estaba encerrado, y fué a refugiarse en el domicilio de un antiguo camarada suyo, el alférez Diego Castellano. No pasaron muchos días que él mismo oyó por las calles de Argel el pregón del Rey, haciendo saber su desaparición, y amenazando con la pena capital a todo aquel que le ocultase. Cervantes, con su magnanimidad característica, no quiso que por su culpa pasase tan grave peligro su generoso protector, y sin vacilar salió a la calle decidido a presentarse ante el Rey. Encontróse con un renegado murciano, gran amigo del Rey, llamado Morato Ráez, por sobrenombre *Maltrapillo,* y juntos entra-

ron en el palacio, donde compareció a presencia del Rey. Azán, en el colmo de su furor, mandó que le atasen y le ordenó que descubriese a todos cuantos se hallaban complicados en la fuga, amenazando con ahorcarle inmediatamente si resistía a sus órdenes. Todas las amenazas fueron inútiles y sin efecto; Cervantes se limitó a declarar que toda la culpa era suya y de otros cuatro caballeros que ya estaban en libertad. No se sabe cómo fué, pero es lo cierto que por segunda vez Azán se sintió débil y desarmado ante nuestro Cervantes y le hizo encerrar en la cárcel de moros de su mismo palacio. ¿Fué resultado de la intervención y de los buenos oficios de Morato Ráez, o bien obra exclusiva de la fascinación que debía ejercer la persona de Cervantes sobre aquel déspota de instintos bestiales? No lo sabemos. Pero seguramente que en algo debió contribuir en esas dos ocasiones la superioridad de aquella alma tan noble y elevada a que hallase gracia ante aquel reyezuelo de un pueblo sin dignidad.

Pero las ambiciones de Cervantes no se limitaban a su propia salvación y a la de algunos de sus compañeros. Hacía tiempo, ya desde su primer intento fallido de fuga, acariciaba y preparaba en secreto grandes proyectos que, de haberse presentado mejor coyuntura, hubiera sin duda llevado a efecto. La aspiración de Cervantes era, en realidad, provocar un alzamiento general de cautivos cristianos, y entregar el reino de Argel a Felipe II. Estos proyectos no eran disparatados, como a primera vista pudiera parecer. El número de esclavos y cautivos cristianos que padecían en los baños y mazmorras de aquel reino, se elevaba

a unos veinticinco mil; era general el descontento de los súbditos de Azán, oprimidos y vejados por su insoportable tiranía, y cansados de tan inicuas crueldades; el país se hallaba esquilmado y la gente hambrienta, por haber el Rey monopolizado todos los artículos de primera necesidad; se propagaban horribles pestes por todo el reino y reinaba un terror indecible por todo el país, en vista de los grandes preparativos que estaba disponiendo España para llevar sus armas a la costa africana y proseguir con más vigor que nunca sus conquistas en tierra de moros. Así es que las circunstancias eran favorables para intentar un alzamiento general de los cautivos, y sólo hacía falta un espíritu levantado y resuelto que se pusiese al frente del movimiento. El corazón generoso de Cervantes tuvo que ver otra vez fallidas sus esperanzas. Los preparativos militares que España estaba haciendo se destinaron posteriormente a la campaña de Portugal; las angustias de los argelinos disminuyeron así por este lado, y por el otro mejoró la situación del reino con años de mayor abundancia y mejores cosechas, lo que calmó el descontento e irritación de los espíritus. Con las nuevas circunstancias era imprudente y aventurado poner en ejecución aquellos atrevidos planes, y Cervantes tuvo que pasar por el dolor de renunciar a sus grandes proyectos. A haberle ayudado algo más la fortuna, con seguridad hubiera pasado Argel a manos de España, y a su gran gloria literaria hubiese añadido la de libertador y conquistador.

Desde que su hermano había vuelto a España y después de fracasada aquella su primera tentativa para libertar a



1940-1944. Cañones de mano con mecha del siglo XV. — 651. Lanza del siglo XVI, armada de pistolas

C. 36

Miguel, no había cesado la familia de éste de preocuparse por su triste suerte; pero, arruinados ya con el rescate que habían pagado por su hermano, no podían allegar suficientes recursos para conseguir el de Miguel. Así es que sus padres, noticiosos de las repetidas hazañas de su hijo, optaron por proveerse de documentos con que acreditar ante el Rey los excepcionales servicios de que en la milicia y en el cautiverio se había hecho acreedor. Lograron un certificado del duque de Sesa, en que éste muy justamente los ponderaba, y se ofrecieron a declarar judicialmente muchos de los compañeros de armas o de cautiverio de Miguel que habían sido testigos presenciales de sus hazañas y sus arrestos. Murió en medio de estas diligencias el padre de Cervantes. Su madre, con el auxilio de su hija Andrea, logró al fin reunir trescientos ducados que entregó a los Religiosos de la Trinidad. Pero la cantidad distaba mucho de alcanzar la que exigía el rey Azán por su cautivo. Volvió la madre de Cervantes a hacer nuevas diligencias. Un tal Francisco Caramanchel dió cincuenta doblas, a las que los Religiosos de la Orden Redentora añadieron otras cincuenta de los fondos generales.

Los Religiosos Trinitarios, así que llegaron a Argel, solicitaron el rescate de Cervantes. Pero el Rey no quería rebajar de ningún modo el precio de mil escudos a que había tasado el rescate de su cautivo. Pasáronse cuatro meses en un enojoso regateo. Con esto había ya expirado el término del gobierno de Azán, quien había hecho entrega de su autoridad a su sucesor Jufer-Bajá, y estaba a punto de trasladarse a Constantinopla. A fuerza de regateos habían con-

seguido los Religiosos hacerle rebajar el rescate de Cervantes a quinientos escudos. Mientras andaban aquéllos buscando auxilios para completar aquella suma, Cervantes, como esclavo de Azán, estaba ya en su galera amarrado a su banco y empuñando el remo. Por fin, tras inauditos esfuerzos, se pudo poner en las manos de Azán los quinientos escudos exigidos, y éste mandó soltar inmediatamente a Cervantes. Unas horas después partía la galera, junto con las otras de la flota de Azán, con rumbo a Constantinopla.

Ya en libertad, permaneció Cervantes en Argel aún algunos meses. Pero la alegría de su libertad no había de andar exenta de su gota de amargura. Aquel ex fraile dominico, Juan Blanco de la Paz, que había sido su delator ante el rey Azán en aquella famosa tentativa de fuga, temió, seguramente, que a su llegada a España, Cervantes propalase su vileza y ruindad de espíritu; y no sabiendo cómo escapar de este peligro, decidió evitarlo esparciendo rumores calumniosos de hechos denigrantes que decía cometidos por Cervantes, y trató de seducir a varios cautivos para que declarasen en falso en una información que para sus perversos fines había proyectado. No fué muy venturoso en sus diligencias aquel malvado. Pocos fueron los que se prestaron a servir de instrumento a sus perversos designios. Cervantes, con su noble carácter y su heroico proceder, se había ganado la simpatía de todos los corazones. Esta firme barrera de simpatía no pudo aquel hipócrita derribarla con sus intrigas y manejos, y viendo cuán en vano se esforzaba por ganarse auxiliares para su causa, decidió, para triunfar, valerse de un recurso, para el que

era menester tanta osadía como cinismo. Fingióse comisario del Santo Oficio, seguro de que la descalificación de este tribunal, que en aquel tiempo ejercía en España un poder incontrastable y absoluto, había de ser la ruina definitiva y total para su odiado enemigo. No quiso Dios que aquel malvado sacase adelante sus perversas intenciones, pues a pesar de la máscara con que quiso cubrir su maldad, no logró convencer a las autoridades acerca de la legitimidad de los títulos que se había irrogado, y así vió sus pretensiones rechazadas en todas partes.

Quiso Cervantes precaver los peligros a que le exponía la posible repetición de falsas denuncias por parte de aquel vil envidioso, y, en consecuencia, provocó una información de testigos, en la que prestaron declaración los cautivos de más categoría que había entonces en Argel, y relataron las penalidades y las hazañas de nuestro Cervantes durante su largo cautiverio. Quedaron justificadas plenamente la honradez acrisolada y la conducta heroica de Cervantes en medio de aquellas calamidades, y por este medio se hicieron patentes ante la opinión los esfuerzos que su celo patriótico le impulsó a realizar en pro de la libertad de los cautivos y de la grandeza y gloria de España. Los documentos de este proceso, tan honroso para su nombre, se conservan aún en el Archivo general de Indias, establecido en Sevilla.

Provisto de estos testimonios más preciosos para él y más útiles que cualquiera carta de recomendación, volvió a pisar Cervantes el bendito suelo patrio y a abrazar a su desolada familia. Estaba todavía indeciso sobre la carrera

que había de emprender. En Argel, durante las horas que le dejaban libres los trabajos propios de su cautiverio, se había entretenido en escribir poesías y comedias. Se han perdido éstas, pero se conservan algunas de aquéllas, entre otras, dos sonetos y una carta en verso. Es de suponer que Cervantes escribió mucho antes de obtener su libertad, porque hablan de él en aquel tiempo, como poeta reputado, algunos autores contemporáneos. Pero sea que estas primeras obras le hubiesen granjeado más honra que provecho, sea que juzgase que le era más conveniente seguir haciendo méritos en la carrera de las armas que había comenzado, determinó aprovechar la ocasión que la expedición a las Islas Terceras le ofrecía, para alistarse de nuevo en los tercios españoles. Y así fué cómo sin embargarle el defecto de su manquedad, volvió a empuñar en su diestra, endurecida en tantas hazañas y combates, su vieja espada de soldado. Sirvió en las tres campañas de 1581 a 1582. No hay noticias de sus hechos en estas expediciones. Se supone que fué enviado con una misión especial a Orán. En el otoño de 1592 volvió a España. Entonces colgó definitivamente su espada, y, como dice un ilustre autor, "desde aquella época pertenece a la literatura"; y desde aquella época había de experimentar, hasta el día de su muerte, que "alcanzar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a éstas adherentes", como dice él mismo en su *Quijote*.

La primera obra de importancia que escribió fué *La Galatea,* novela pastoril, que su autor no terminó, puesto



Casco de Alí Pachá, almirante turco, vencido en Lepanto
(Armería Real de Madrid)

que sólo escribió la primera parte. Esta novela estaba concebida dentro del gusto impuesto por la moda literaria venida de Italia. Los personajes de este género literario son pastores, pero los diálogos y los discursos que ponen los autores en sus bocas, llenos de refinadas elegancias y sutiles conceptismos, no se avienen con la rústica condición de esas gentes. Este género literario alcanzó gran éxito al principio, y la moda lo puso en gran boga entre los escritores de todas las naciones. Pero la misma sobreabundancia de novelas pastoriles pronto causó tedio y cansancio, y cuando Cervantes escribió la suya, ya el público se hallaba causado de tantas insulseces azucaradas que bajo la capa de aquella moda literaria le habían servido. La novela pastoril no se acomodaba a lo que constituía propiamente el genio de Cervantes: la inventiva. Así que su primera obra tuvo escaso éxito. Sin embargo, parece que su autor conservó toda su vida una especial predilección hacia ella, como lo demuestra el haberla salvado del fuego en el escrutinio que el Cura y el Barbero hacen de la Biblioteca de *Don Quijote.* "Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, dice el Cura, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y, entretanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre."

La tradición afirma que en esta novela, en los nombres de sus dos personajes principales, Elicio y Galatea, se ocul-

tan los de Miguel de Cervantes y de Catalina de Palacios, que fué mujer de nuestro poeta a poco de escrita su obra. En diciembre de 1584, efectivamente, contrajo matrimonio con la dama antedicha, hija de una de las más ilustres casas de Esquivias. El matrimonio se domicilió en esta villa y llevó una vida muy modesta, pues el dote de la mujer estaba seguramente a la altura de los recursos del marido.

La poesía fué el flaco de Cervantes, y desde aquella época empezó a escribir versos en abundancia. Su genio, grandemente dotado para el cultivo de la prosa, se sentía cohibido, sin saberlo él, en los moldes de la métrica y la versificación, y sus rimas adolecen de dureza y falta de espontaneidad y soltura. Era costumbre en aquellos tiempos entre los poetas elogiarse unos a otros amigablemente en sus composiciones. Cervantes, cuyos pocos recursos le condenaban a llevar una vida estrecha, aprovechó tal costumbre para granjearse la amistad de sus cofrades más célebres y afortunados, y así colmó de elogios, generalmente exagerados, a la mayor parte de los poetas y escritores contemporáneos, en el *Canto de Caliope,* inserto en el libro VI de su *Galatea.* Y ¡triste experiencia para el inquebrantable optimismo de Cervantes! Prodigó en este pasaje grandes elogios a varios que habían de ser émulos envidiosos y acérrimos enemigos de su nombre y de su fama: tales fueron los hermanos Argensola y Lope de Vega. Debido, sin duda, a tan amargo desengaño, ridiculizó Cervantes con sumo donaire en el prólogo del *Don Quijote,* aquella costumbre de su tiempo de hacer preceder las obras de sendos sonetos de diferentes personalidades en elogio del autor.

Uno de los géneros que proporcionaba a los autores emolumentos no tan mezquinos, era en aquella época el teatro. Entonces el teatro castellano estaba aún muy lejos de su época de oro. El ingenio que había de fijar definitivamente las formas del drama y de la comedia nacionales, Lope de Vega, era aún sumamente joven. Habían aparecido los primeros asomos de un teatro algo sistematizado con los ensayos de Cristóbal de Castillejo, de Lope de Rueda, de Juan de Timoneda y otros. Juan de la Cueva, en Sevilla, y Cristóbal de Virués, en Valencia, habían preparado con sus felices innovaciones la definitiva sazón del teatro español. El momento era propicio para ensayar todos los atrevimientos. El pueblo, entusiasmado por la novedad y amenidad del nuevo género, acudía en tropel al anuncio de una nueva comedia, y llenaba de bote en bote las plazas y los "corrales" donde solían ser representadas. El cultivo del teatro ofrecía, pues, al ingenio de un autor afortunado rápida popularidad y seguros y cuantiosos ingresos. Cervantes sucumbió a la tentación. Cultivó intensamente el teatro, y aunque Dios no le hubiese llamado por estos caminos que no le habían de llevar a la gloria, afírmase que murió en la absoluta convicción de ser un genio dramático. Él mismo nos dice en una de sus obras, que escribió de veinte a treinta comedias. La mayor parte se han perdido. De algunas no más nos han llegado los títulos, como *La gran Turquesa, La Batalla naval, La Jerusalén, La Amaranta, El bosque amoroso, La Arsinda* y *La Confusa*. Las únicas comedias cervantinas que han sobrevivido hasta nosotros, son *El Trato de Argel* y *La Numancia*.

La primera de estas piezas tiene valor autobiográfico, pues es una pintura de la vida de los cristianos cautivos en Argel. Él mismo se retrata en uno de sus personajes: el cautivo Saavedra. Aparte de este valor que le da el ser reproducción de hechos y costumbres vividas o presenciadas directamente por su autor, carece esta comedia de todo valor literario, y no ha tenido ningún éxito.

No puede decirse esto de *La Numancia,* que da mejor testimonio de las facultades dramáticas de su autor. Este drama ha merecido los más calurosos elogios de insignes escritores extranjeros, entre los cuales citaremos al poeta inglés Shelley, Goethe y los hermanos Schlegel. El argumento lo constituye la heroica resistencia de los numantinos a las legiones de Roma, y su asalto y toma por Escipión el Africano, después de catorce años de resistencia. Aunque la obra, considerada como pieza de teatro, adolece de muchos defectos, los pasajes en que tienen lugar escenas de heroísmo son de una hermosura sublime y arrebatadora. Hay una imponente grandeza moral en este pasaje que recita el general romano, Escipión, cuando el último numantino sobreviviente, Viriato, se arroja de lo alto de una torre para no caer en manos de los invasores:

¡Oh nunca vista memorable hazaña
Digna de anciano y valeroso pecho,
Que no sólo a Numancia, mas a España,
Has adquirido gloria en este hecho!
Con tu viva virtud, heroica, extraña,
Queda muerto y perdido mi derecho.
Tú con esta caída levantaste
Tu fama, y mis victorias derribaste.



Navíos de guerra del tiempo de Cervantes

Que fuera aún viva y en su ser Numancia,
Sólo porque vivieras, me holgara;
Que tú solo has llevado la ganancia
Desta larga contienda ilustre y rara.
Lleva, pues, niño, lleva la jactancia
Y la gloria que el cielo te prepara,
Por haber, derribándote, vencido,
Al que, subiendo, queda más caído.

La Numancia, de Cervantes, tuvo un día de gloria inolvidable. Los ejércitos franceses de Napoleón tenían sitiada la ciudad de Zaragoza, que, como es sabido, les oponía una resistencia porfiada y heroica. Para enardecer los ánimos de los bravos defensores de la ciudad, las autoridades hicieron representar *La Numancia,* de Cervantes, para que los zaragozanos aprendiesen a morir como héroes, a ejemplo de aquellos numantinos que hacía siglos sólo habían sabido ofrecer al paso del invasor, o bien la fuerza temible de sus brazos, o bien sus cadáveres atravesados por la espada enemiga o calcinados por la hoguera suicida.

Estaba escrito que Cervantes había de conquistar la gloria a fuerza de indecibles amarguras. Fracasó como autor dramático, como había fracasado como novelista en su primer ensayo. Tenía entonces sus cuarenta años, y nada hacía presentir en él al creador de una obra genial e imperecedera. Tantos desengaños sufridos en una edad en que las facultades creadoras del artista más bien suelen declinar que acrecentarse, debieron producir en él un terrible descorazonamiento. Esto puede fácilmente inferirse del nuevo y brusco cambio de rumbo que experimentó su vida en esta época. De pronto, parece querer renunciar a la literatura.

Mas el cambio no fué aparente, pues su silencio se prolongó cerca de veinte años, llenos de las contrariedades y los sinsabores más crueles. En 1588 salió de Madrid y se dirigió a Sevilla en busca de trabajo. Obtuvo allí el cargo de diputado-proveedor de la Armada. En mayo de 1592 solicitó una de las cuatro plazas vacantes de contador en las Indias: Nueva Granada, Guatemala, Cartagena y La Paz. En su desorientación, había determinado Cervantes recurrir al "remedio, como dice él mismo, a que se acogían otros muchos perdidos en Sevilla, que era el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados en España". El Rey no accedió a su solicitud y dispuso que se le buscase algún otro cargo en el interior. Confiando en esta promesa volvió a Madrid en 1594, y, por fin, consiguió el cargo de recaudador de contribuciones en Granada. Trasladóse a su destino y cumplió cuan bien supo su misión. Al cabo de tres años, no exentos de azares y disgustos, en septiembre de 1597, por resultar responsable de ciertas irregularidades descubiertas en sus cuentas, se dictó orden a un juez de Sevilla para que procediese a su detención y encarcelamiento. Preso Cervantes, fué trasladado a Madrid, donde se le puso a disposición del Tribunal de Contaduría mayor. La irregularidad encontrada era resultado de haber confiado los fondos del Gobierno a un tal Simón Freise de Lima, que se había escapado con el dinero. Al cabo de tres meses fué puesto en libertad, pero quedó para siempre expulsado de la Hacienda y de los servicios públicos. Arruinado y sin esperanza, se dirigió Cervantes a Sevilla, donde vivió unos años, sin que sepamos los recursos de que disponía para su sustento.

Durante este período su genio literario, como hemos antes indicado, pareció completamente adormecido. Su silencio fué sólo interrumpido por alguna que otra poesía. En 1591 escribió un romance para la *Flor de varios y nuevos romances,* de Andrés de Villalba. Al año siguiente hizo un trato con el empresario de Sevilla, Rodrigo Osorio, en virtud del cual se comprometía a escribir seis comedias, a cincuenta ducados cada una. Este contrato no llegó con seguridad a cumplirse, y nada se sabe relativo a las tales comedias. En 1595 tomó parte en una fiesta literaria que los Dominicos de Zaragoza dedicaban a San Jacinto; obtuvo el primer premio, consistente en tres cucharas de plata. Su soneto al famoso almirante Marqués de Santa Cruz y su otro soneto, lleno de mordaz intención, dedicado al tardío auxilio llevado por el duque de Medina Sidonia a Cádiz, después del saqueo de la ciudad por los ingleses, pertenecen al año 1596. En 1598, hallándose en Sevilla, vió morir al gran poeta Herrera, a cuya memoria dedicó un soneto. Otros dos sonetos y unas cuantas quintillas compuso Cervantes el mismo año, con ocasión de las exequias de Felipe II en la catedral de Sevilla. Tal fué la escasa producción literaria de Cervantes durante aquella tan calamitosa época de su vida.

Desde 1598 hasta 1603 la vida de Cervantes se eclipsa a nuestros ojos. Nada sabemos de él en estos cuatro años. En los comienzos de 1603 recibió un aviso de Valladolid, donde desde 1600 se hallaba establecida la corte, mandándole que se presentase para dar nuevas explicaciones acerca del enojoso asunto de las cuentas que le habían acarreado

su anterior encarcelamiento y proceso. Sus declaraciones debieron, sin duda, ser satisfactorias, por cuanto no volvió a ser molestado en toda su vida, a pesar de haber residido en la corte misma durante muchos años. Al trasladarse a Valladolid, dice al llegar a este punto su eminente biógrafo Fitzmaurice-Kelly, "su equipaje, aunque pobre y ligero, contenía entonces una preciosa joya: el manuscrito de *Don Quijote*".

¿Dónde y cuándo había escrito Cervantes su *Don Quijote?* Difícil es decirlo. Según conjeturas del biógrafo mencionado de Cervantes, lo escribió después de 1591. La leyenda supone a la primera parte de la inmortal creación de Cervantes comenzada en la cárcel. El fundamento en que se apoya esta tradición, es lo que dice el mismo autor en el prólogo a la primera parte de su obra: "Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?" El lugar donde la tradición coloca este encierro de Cervantes, es la casa llamada de Medrano, en Argamasilla de Alba. Por otra parte, es este pueblo de la Mancha el lugar natal que Cervantes asigna a su *Don Quijote.* Lo más seguro es que, en el hecho de haber asignado Cervantes a su personaje el pueblo de Argamasilla como lugar de su nacimiento, se oculte un acto de venganza del autor, por injurias o malos tratos recibidos por él en aquel lugar. Esto se desprende igualmente del enojo que revela

aquella frase con que Cervantes da principio a su obra: "En un lugar de la Mancha, de *cuyo nombre no quiero acordarme*", por más que este nombre lo cite en otros pasajes de su *Don Quijote*. ¿Qué le había acontecido a Cervantes en Argamasilla de Alba? "Unos aseguran, dice uno de sus biógrafos, Navarrete, que comisionado para ejecutar a los vecinos morosos de Argamasilla a que pagasen los diezmos a la dignidad del gran priorato de San Juan, fué atropellado y puesto en la cárcel; otros suponen que esta prisión dimanó del encargo que se le había confiado relativo a la fábrica de salitres y pólvora en la misma villa, para cuyas elaboraciones echó mano de las aguas del Guadiana, en perjuicio de los vecinos que las aprovechaban para el riego de sus campos." Lo cierto es, dejando a un lado todas estas dudas, que esta maravilla de los siglos, que se llama *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* fué imaginada y comenzada a redactar en la estrechez y la obscuridad de un calabozo. Y los hombres todos hemos de estar agradecidos a la desventura personal de Cervantes y a la severidad del castigo a él impuesto, por habernos deparado una obra inmortal en que la Humanidad refrescará eternamente su espíritu.

Cervantes aprovechó la ocasión que le brindaba su inesperado viaje a la corte, para buscarse editor que le imprimiese su obra. Pero a un autor pobre, como Cervantes, ésta no era en aquellos tiempos fácil empresa. Había que procurarse un Mecenas, un gran señor que le dispensase su protección y le pagase los gastos de la edición de su libro. Trató Cervantes, en primer lugar, de conquistar la

protección del privado del rey don Felipe III, el duque de Lerma. Pero éste, que sólo guardaba sus favores para los cortesanos que más hábiles eran en el arte de la adulación, y que, por lo demás, atendía únicamente a sus particulares conveniencias, oyó con indiferencia la exposición que le hizo nuestro Cervantes de sus innumerables y valiosos servicios. Probó Cervantes un nuevo camino para conseguir el favor apetecido. El hijo del duque acababa de casarse con la condesa de Saldaña, heredera del duque del Infantado. El nuevo conde era sumamente aficionado a la poesía; Cervantes le dedicó una *Oda*. Pero sus aspiraciones resultaron por segunda vez fallidas.

No se desalentó por esto Cervantes. Uno de los más insignes y generosos protectores de las letras, en aquel tiempo, era don Alonso López de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar. Resolvió Cervantes procurar a su obra el amparo de tan insigne magnate. Dirigióle la debida instancia y rehusó el duque; suplicó entonces Cervantes que se dignase tan sólo oir un capítulo de su obra; accedió el duque; leyó Cervantes un capítulo ante un auditorio selecto de familiares del magnate, y fué tan grande el placer que encontraron todos en aquella lectura, que no le dejaron parar hasta el último capítulo. A costa de tanto esfuerzo pudo obtener Cervantes el amparo de aquel Mecenas, a quien va dirigida la dedicatoria de la primera parte de su obra.

Esta primera parte salió impresa en Madrid a principios de 1605.

Para comprender el alcance del argumento del *Don*

Quijote, es preciso hacerse cargo previamente de ciertas circunstancias del ambiente social y literario de aquellos tiempos. Dominaba entonces desde largo tiempo, en todos los países de Europa, el gusto por los "libros de caballerías". Eran éstos una especie de novelas en prosa, en que se narraban las hazañas y aventuras de algún caballero heroico. Éste era siempre invencible y casi invulnerable; era siempre espejo de todas las virtudes de un caballero ideal, tal como era concebido en la Edad Media: valiente, bizarro, cortés, pundonoroso, forzudo, hermoso y apuesto, socorro del débil, amparo del perseguido, auxilio de viudas y doncellas, terror de los tiranos, acometedor de empresas sobrehumanas. Los autores de estos "libros de caballerías" no se arredraban por inverosimilitud más o menos. El caballero no se las había tan sólo con reyes y emperadores, grandes caudillos y forzudos atletas, sino que medía el vigor de sus músculos con leones y serpientes, con gigantes y endriagos, con magos y brujos, con vestiglos horrendos y monstruos infernales, que todos perecían indefectiblemente al tajo de su espada invencible. Su vida era una sarta de las más absurdas aventuras, de las que salía siempre incólume. Montado en su rocín, empuñando su lanza y su escudo, andaba incansable por montes y valles, visitaba castillos y ciudades "desfaciendo entuertos" y castigando agravios, persiguiendo follones y malandrines, poniendo la ayuda de su brazo al servicio de la justicia hollada, deshaciendo encantamientos y destruyendo conjuros en que alguna mala hechicera tenía aprisionadas a desventuradas doncellas, y haciéndose acoger por reyes y príncipes en sus suntuosas

moradas, donde no podía faltar la enamorada princesa que le diese su mano de esposa y le ciñese en su frente una corona real. Estos libros de caballerías eran la pasión de todas las personas cultas en los tiempos medievales. Las disparatadas aventuras de todos aquellos caballeros despertaban un interés y un entusiasmo extraordinarios en aquella sociedad idealista, que vivía en continua guerra y en constante aventura. En tiempo de Cervantes, el furor por los libros de caballerías había menguado algo; pero el género aun seguía haciendo serios estragos. Cervantes vió todo el enorme ridículo de esos libros, producto de imaginaciones calenturientas, reñidas con la realidad. Su espíritu, que con tanta prontitud sabía sorprender el lado ridículo de las cosas, vió en esas fantásticas aventuras de los andantes caballeros un tema excelente para una parodia en que se caricaturizase a lo vivo el tipo del caballero andante. Tal fué el origen del *Don Quijote*. En él quiso su autor poner al vivo las ridiculeces y excentricidades de aquellos caballeros andantes, que ocultaban lo falso y lo absurdo de su concepción bajo la apariencia de un idealismo engañador. Así nos presenta Cervantes a un caballero andante, héroe de su novela, después de darnos cuenta de su estrecha condición: "Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza... Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacien-

da: y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber de ellos... En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en su imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo... En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama... Y así, con estos agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa a poner en efecto lo que deseaba; y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón...

Fué luego a ver a su rocín; y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela... le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni el Babieca del Cid con él se igualaban." A continuación, nuestro caballero, que se llamaba Quijano, por seguir la costumbre de los caballeros andantes, impónese nuevo nombre a él y a su caballo: él se llamará en adelante *Don Quijote de la Mancha,* y su caballo, *Rocinante.* Y "hechas estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento", y así, "sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día (que era uno de los calurosos del mes de julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo". Volvió a casa Don Quijote, molido y maltrecho después de esta primera salida, en que se hizo armar caballero en una venta de la vecindad. Así que se sintió mejorado de los palos que le había valido su primera salida, dispúsose a efectuar la segunda, lo que hizo en compañía del otro personaje del libro, Sancho Panza, "labrador vecino suyo, hombre de bien..., pero de muy poca sal en la mollera. Tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, Don Quijote, que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula y le dejase a él por gobernador de ella. Con

estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer e hijos y asentó por escudero de su vecino".

Las cómicas andanzas y los regocijados incidentes que acontecen a esta original pareja, formada por el tal caballero y el tal escudero, constituyen el asunto del inmortal libro de Cervantes. Es maravilloso cómo con estos dos únicos personajes principales, el autor, con su inventiva prodigiosa y su arte inimitable de expresión, logra mantener despierto el interés del lector en todo el transcurso de su voluminosa obra. Y la razón es que Don Quijote y Sancho Panza son dos tipos que resumen toda la Humanidad, y la locura del uno y la sandez del otro están cruzadas continuamente por vivos relámpagos de intuición e inteligencia excepcionales, destellos del espíritu superior de su autor, tan profundo conocedor de la realidad y de la vida humana.

Al fin, después de tantos ensayos y tanteos infortunados, Cervantes había tenido su hora de supremo acierto. Al cabo de innumerables vacilaciones había hallado ya, a una edad algo avanzada, un tema adecuado a la índole especial de su genio, un asunto que había puesto al descubierto un filón inagotable de oro purísimo oculto dentro de su alma. Cervantes, el soldado de los tercios españoles, el cautivo de un día y tramador de conjuras políticas; Cervantes, el fracasado dramaturgo, poeta mediocre y prosista distinguido, se levantó de repente desde el nivel común de la turbamulta de los literatos y rimadores, hasta las cumbres de la inmortalidad. Él, que no hubiera sido apenas conocido en España,

había de ser, gracias a esta obra única, conocido y celebrado en todo el mundo.

El libro de *Don Quijote* tuvo un inmediato y formidable éxito popular, como lo prueba el hecho de haber salido cuatro ediciones de la obra al primer año de su publicación. El éxito debía proseguir indefinidamente al través de los siglos. Puede afirmarse que sólo la Biblia ha superado en popularidad al *Don Quijote,* de Cervantes. Dos años después, en 1607, salió la obra impresa en Bruselas. Las traducciones del *Don Quijote* en todas las lenguas cultas del mundo, se han sucedido sin cesar, una tras otra, desde la fecha de su aparición hasta nuestros días.

El entusiasmo que el *Don Quijote* despertó en todo el pueblo, no repercutió en el círculo de los profesionales de la literatura. Aquellos mismos escritores a quienes nuestro Cervantes colmara de los más exagerados encomios, deseoso de captarse su benevolencia, fueron los primeros en mostrar su menosprecio hacia la obra genial que tan inesperadamente venía a eclipsarles y confundirles. Entre los detractores de Cervantes se cuentan especialmente todos aquellos escritores españoles empeñados en introducir novedades imitadas del extranjero, y, por otra parte, todos los admiradores de Lope de Vega, que viendo a éste como una especie de monarca indiscutible de las letras españolas, tuvieron forzosamente que llevar a mal el rápido entronizamiento del que hasta entonces había ocupado un lugar secundario en la república de las letras. Sin duda, los partidarios de Lope de Vega y éste mismo estaban seriamente resentidos con Cervantes, por las bromas y chirigotas que en algunos

pasajes del *Don Quijote* se había permitido dedicar a ciertos autores de comedias, en las que vieron una malévola y velada alusión a la obra del ídolo de aquella época, el gran comediógrafo español. He aquí cómo criticaba Cervantes en su *Don Quijote* la labor de estos autores de comedias que seguían los pasos de Lope de Vega: "Estas comedias que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio. Y aunque algunas veces he procurado persuadir a los autores que se engañan en tener la opinión que tienen, y que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razón ni evidencia que de él los saque. El antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, es tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, según le parece a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia." (Primera parte, cap. LVIII.) El resentimiento por estas tan aceradas dia-

tribas de Cervantes, no se recató Lope de manifestarlo en más de una ocasión. En una carta particular, Lope de Vega dice que ningún poeta nuevo "es tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quixote*". Siempre es doloroso ver a dos grandes talentos enemistados y faltando al respeto y consideración que uno a otro debieran imponerse; pero el hecho se repite con demasiada frecuencia, para dudar que sea fatal y humano. En el caso particular que nos ocupa se concibe perfectamente el resentimiento entre las dos eminencias literarias de aquel tiempo en España. El inmenso talento de Lope no menguaba en un ápice lo absurdo y disparatado del género que él cultivaba y había popularizado. Cervantes, que veía intensamente el lado ridículo de las cosas, hubo forzosamente de guardar hacia las disparatadas, aunque geniales comedias de Lope, la misma actitud que hacia los libros de caballerías, de los que eran aquéllos dignos émulos y que había satirizado con tanta fortuna en su *Don Quijote*. Lope, por su lado, al leer esta obra, no podía menos de adivinar que a su autor no podían merecer sus propias comedias otra consideración que la poca que guardaba a los libros de caballerías. Añádanse a esto las claras alusiones que acabamos de copiar, y se encontrará lógico y explicable el rencor de Lope de Vega contra Cervantes.

El éxito alcanzado por Cervantes con su *Don Quijote* fué seguido por un silencio de ocho años, durante los cuales escribió una que otra poesía. En cambio, durante este tiempo, el curso de su vida, que parecía haberse encauzado por caminos más seguros, sufrió nuevas y graves perturbacio-

nes. La fatalidad, su perpetua enemiga, no le perdonaba ni uno solo de sus triunfos. Los hechos que relatamos ocurrieron pocos meses después de publicada su obra maestra. Vivía en Valladolid en compañía de su familia, compuesta de su mujer, de su hija, de su hermana viuda doña Andrea, y de una hija de ésta. Era el 27 de junio por la noche. Cervantes y su familia se habían acostado, cuando de repente les cortó el sueño un gran ruido de armas y voces de auxilio que venían de la calle. Levantóse Cervantes sobresaltado, salió afuera y vió tendido en el suelo, mal herido, a un caballero. Éste resultó ser don Rodrigo de Ezpeleta, caballero navarro de la Orden de Santiago, que rondaba por las calles, seguramente en seguimiento de alguna andanza amorosa. Recogió Cervantes al herido y condújolo a casa de una vecina, donde murió algunos días después. Por efecto de la imprudencia cometida por Cervantes de haber dejado depositar en su propia casa los vestidos de la víctima, se vió comprometido y enredado en un proceso, en virtud del cual fué puesto en la cárcel, junto con su hija, su hermana y su sobrina. Reconocióse su inocencia en el juicio, y, en consecuencia, fué absuelto y puesto en libertad. Estos acontecimientos han servido de base a muchos críticos para hacer a Cervantes héroe de novelescos y fantásticos relatos, cuando no cómplice en asuntos que no dejan muy bien parada su honorabilidad y la nobleza de su carácter.

Vivía Cervantes en aquellos años casi completamente olvidado de la literatura, y sustentándose él y su familia con el trabajo de las mujeres de su casa, a quienes protegía la familia de los marqueses de Villafranca. En este

período de inactividad sólo produjo labor literaria insignificante, consistente en algunos sonetos, alguna epístola y tres entremeses, aunque alguna de estas obras es de dudosa autenticidad. Entretanto, la fama que le había proporcionado su *Don Quijote* seguía siempre en aumento, y empezaban a gustarla ya los personajes más distinguidos de la alta sociedad. Será oportuno, a este propósito, relatar aquí una anécdota referente al rey de España Felipe III, que, aunque haya fundamento para creer que es una pura invención, fué hija seguramente del placer que algo más tarde encontraron cortesanos y gente encopetada en la lectura del libro inmortal. Cuéntase que, estando Felipe III tomando el fresco en una azotea de su palacio de Madrid, vió a un estudiante que, sentado en las riberas del Manzanares, leía un libro e interrumpía a cada instante su lectura, dándose fuertes palmadas en la frente y estallando en grandes carcajadas. Y cuentan que al verle, dijo el Rey: "Ese estudiante, o ha perdido el juicio o está leyendo el *Don Quijote*". Oyéronlo algunos palaciegos, y llevados del deseo de poner en claro la sospecha del Rey, se llegaron hasta el estudiante y volvieron alborozados al lado de Felipe III, felicitándole por haber acertado.

Cervantes encontró por aquel tiempo un generoso protector. Fué éste don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, que no sólo tenía a honra proteger a poetas y literatos, sino que él mismo cultivaba con no escaso talento el arte de las musas. En 1610, fué nombrado el conde virrey de Nápoles. Estando vacante la plaza de secretario particular del conde, por fallecimiento del que hasta entonces lo



Discurso de D. Quijote sobre las armas y las letras (Cuadro de M. García Hispaleto)

había sido, llamó a ocuparla al poeta Lupercio Leonardo de Argensola. Rogó el conde a éste que llevase consigo a su hermano Bartolomé, clérigo, rector a la sazón de Villahermosa, y que buscase otras personas de aficiones artísticas y literarias para desempeñar diferentes cargos en su secretaría. Uno de los pretendientes a esos cargos fué Cervantes, ya entonces protegido del conde, quien, a no haber sido por su algo avanzada edad, pues contaba ya más de sesenta años, y por su familia algo numerosa, hubiese obtenido formar parte de la corte del virrey. Los Argensolas, por encargo del conde, le aseguraron que no se perdería ni menguaría para él la protección de su señor, quien es verdad que continuó protegiéndole desde su residencia de Nápoles, si bien su secretario y su hermano no demostraron ningún empeño en mantener las palabras de amistad dadas a Cervantes antes de partir, antes bien procuraron, en cuanto les fué posible, apartarle de la generosa protección del conde. Siempre ha sido verdad que no hay celos peores que los que se despiertan entre gentes del mismo oficio.

Parece que hacia 1609 Cervantes puso un nuevo término a su inacción. Hacía años que en sus ratos de ocio había borroneado la prosa de una serie de novelas cortas que por último completó y terminó en 1612, año en que fueron publicadas con el título de *Novelas ejemplares*. El libro fué dedicado por su autor a su generoso Mecenas, el conde de Lemos. En su *Don Quijote* había dado ya Cervantes una muestra anticipada de estas novelas, en la amena narración del *Curioso impertinente*, que introdujo algo forzadamente en la primera parte de aquella obra. Ya en 1608, César

Oudin la editó en París por separado, considerándola como uno de los modelos más puros de prosa castellana. Este éxito debió animar a Cervantes a dar a luz sus restantes novelas. Éstas fueron en número de doce: *La Gitanilla, La fuerza de la sangre, Rinconete y Cortadillo, La Española inglesa, El amante liberal, El licenciado Vidriera, El celoso extremeño, Las dos doncellas, La ilustre fregona, La señora Cornelia, El casamiento engañoso* y el *Coloquio de los perros,* a las que se ha de añadir *La tía fingida,* cuyo manuscrito se encontró más tarde, y desde entonces ha sido siempre incluída en la colección de las otras novelas de Cervantes.

Las mismas excepcionales dotes de narrador de que Cervantes había hecho gala en la primera parte de su *Don Quijote,* resplandecen en estas novelas, que sobresalen por lo ameno y festivo de los asuntos, lo galano de la dicción y lo inagotable de la inventiva.

¿Por qué las dió Cervantes el título de *Novelas ejemplares?* La denominación de *novela* no designaba en aquellos tiempos un género tan amplio como ahora. Al presente, toda narración en prosa, corta o larga, puede ser designada con el nombre de *novela.* Pero en aquel tiempo, esta palabra sólo servía para distinguir las narraciones cortas en prosa, de hechos supuestos contemporáneos, en contraposición con las narraciones largas de los libros de caballerías, que versaban sobre hechos fingidos en tiempo indeterminado. La *novela,* propiamente dicha, no había sido cultivada en España antes de Cervantes. Generalmente todas las que corrían por el país eran traducciones o arreglos de novelas

italianas y francesas. Así lo afirma explícitamente el propio Cervantes en el prólogo que puso a sus *Novelas ejemplares,* donde se lee: "Yo soy el primero que ha novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma".

El calificativo de *ejemplares* que puso al título de *novelas,* también merece explicación. El género de la *novela* se había distinguido hasta entonces en Italia y en Francia, por su gran desenvoltura y la libertad desenfrenada de costumbres que formaban el fondo de sus asuntos. En contraste con la mayoría de esas *novelas,* quiso dar Cervantes a las suyas un carácter honesto y comedido, y tuvo empeño en hacerlas espejo de buenas costumbres. El mismo, en el ya mencionado *Prólogo,* nos explica el alcance de su intento, cuando escribe: "He dado a estas novelas el nombre de *ejemplares,* y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas como de cada una de por sí".

Tocante al mérito de las *Novelas ejemplares,* de Cervantes, nos contentaremos con aducir el testimonio del gran crítico hispanófilo Fitzmaurice-Kelly, de quien son las siguientes palabras: "Estas breves novelas se escribieron en largos intervalos de tiempo... En el capítulo cuarenta y siete de *Don Quijote* se menciona ya el título de *Rinconete y Cortadillo,* narración picaresca de extraordinario mérito

e intención, incluída entre las *Novelas ejemplares;* acompáñale el *Coloquio de los perros,* también obra maestra en pequeño... Ni excede Sancho Panza en agudeza y cordura al perro Berganza, que pasa revista a sus muchos amos a la luz de su crítico humorismo. No menos notables son, en *El casamiento engañoso,* los tipos de los pícaros Campuzano y Estefanía de Caicedo; y como ideal descripción de manía, *El licenciado Vidriera* no se queda atrás de *Don Quixote.* Tan sorprendente es la relación, que algunos han considerado el *Licenciado* como primer borrador del *Ingenioso Hidalgo;* pero una lectura detenida hace ver que el primero no fué concebido hasta estar en prensa *Don Quixote".*

Innumerables han sido las imitaciones que en las principales naciones extranjeras provocaron las *Novelas ejemplares.* Algunas de ellas dieron asuntos para óperas y dramas musicales; así, *La Gitanilla* dió el asunto de la ópera de Weber, *Preciosa.* Middleton, Víctor Hugo, Fletcher y otros, explotaron en propio provecho aquella rica, inagotable cantera de invención que ofrecen las *Novelas* de Cervantes.

Ya hemos dicho antes algo sobre las pretensiones de versificador que tuvo Cervantes toda su vida. Los grandes triunfos alcanzados con sus obras en prosa no le hicieron perder su inveterada afición a los versos, y así volvemos a verle dedicado en esta época de su vida a la poesía, conociéndose de él una canción a los éxtasis de Santa Teresa de Jesús, que escribió para el certamen que se celebró en Madrid con motivo de la beatificación de aquella mujer

ilustre. Una obra poética de más vuelo, que dió a luz en esta época de su vida, fué el *Viaje al Parnaso.* El modelo de su composición fué el *Viaggio in Parnaso,* del poeta italiano César Caporali. La obra de Cervantes viene a ser una sarta de elogios en verso a poetas y escritores contemporáneos suyos, entre los que intercala una que otra censura. La obra es mediana y sin interés. Le da valor el carácter autobiográfico que tiene a trechos.

¿Qué se propuso Cervantes con esta última obra? Parece que su propósito fué el confundir con sus sátiras a los malos poetas, poniéndolos en parangón con los buenos. Pero su genio, que como prosista tanta soltura y donaire mostraba en el manejo de la sátira, quedaba cohibido dentro de la medida rígida del verso, y su sátira, versificada, perdía su vigor y su empuje. Como dice muy atinadamente un crítico, "Cervantes satirizando en prosa y Cervantes satirizando en verso, son seres tan distintos como Sansón con cabellos y Sansón tonsurado". Su genio, eminentemente realista, no pudo renunciar en esta obra poética a un desahogo en prosa, pues el poema se cierra con un fragmento que se titula *Adjunto al Parnaso,* y una carta burlesca de Apolo al autor, escrita en aquella prosa de la que Cervantes era maestro único; y esos cortos fragmentos compensan toda la monotonía y poco interés de los versos que les preceden. Para que se vea la gracia picante de la sátira de Cervantes, transcribimos a continuación algunos de los más donosos *Privilegios, ordenanzas y advertencias que Apolo envía a los poetas españoles,* que figuran escritos en posdata a la citada carta, y donde Cervantes no hace más

que sonreir con ironía piadosa de los percances desgraciados de su vida de poeta. "Es el primer privilegio que los poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas como por la fama de sus versos. Item, que si algún poeta dijere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento ni averiguación alguna. Item, que si algún poeta llegare a casa de algún su amigo o conocido, y estuviere comiendo y le convidare, que aunque él le jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande. Item, que todo buen poeta puede disponer de mí y de lo que hay en el cielo a su beneplácito; conviene a saber, que los rayos de mi cabellera los puede trasladar y aplicar a los cabellos de su dama y hacer dos soles sus ojos, que conmigo (1) serán tres, y así andará el mundo más alumbrado. Item, se da aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: "Guardaos, niños, que viene el poeta fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra o en el pozo Airón". Item, que los días de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer sus versos."

Así sabía mostrarse Cervantes superior a sus propias desventuras, cubriéndolas con la piadosa sonrisa de una ironía sutil.

La manía de Cervantes con los versos tenía en él una

---

(1) Apolo era el dios que personificaba el sol.

rival en la de escribir comedias. Vanos fueron para él todos los escarmientos pasados. Sus fracasos como autor dramático no sirvieron sino para agravar su preocupación. Volvió a escribir comedias, y en 1615 sacó a luz sus *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos*. Inútil es decir que fracasaron, si bien hay que confesar que los *Entremeses* son piezas de positivo mérito. "Son farsas alegres y sin pretensiones, de aguda intención y singular efecto, interesantes como realista pintura de la vida vulgar, directamente observada y expresada con fidelidad."

Mientras tanto, Cervantes se hallaba ocupado en la continuación de su *Don Quijote*, la aparición de cuya segunda parte había sido anunciada por él mismo dos años antes, en el prólogo que puso a las *Novelas*. Poco podía sospechar Cervantes que el verso del Ariosto con que cerró el último capítulo de la primera parte de su obra,

Forse altri canterà con miglior plettro (1)

había de ser tomado en serio por alguno y que había de resultar, en parte, una profecía. Efectivamente, *otro* se encargó de *cantar*, aunque no con *mejor plectro*, la tercera salida del famoso hidalgo, y su obra salió a luz con gran asombro de nuestro Cervantes, mientras éste se hallaba redactando el capítulo cincuenta y nueve de la segunda parte de su obra. El libro había salido en Tarragona el año 1614. Su autor se ocultaba bajo el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, que se decía natural de Torde-

(1) Quizá otro cantará con mejor inspiración.

sillas. ¿Quién era el verdadero autor de esta continuación espuria del *Don Quijote?* Los críticos se pierden en conjeturas. Sólo dos cosas parecen seguras: que el autor era aragonés y religioso. Además, parece que el móvil que impulsó al autor desconocido a continuar el *Don Quijote* de Cervantes, fué un sentimiento de rencor o venganza por alguna ofensa inferida a él o a sus amigos en la primera parte. Es verosímil que en esta cuestión del *Quijote* de Avellaneda ande de por medio la encendida rivalidad entre Cervantes y Lope de Vega, a quien aquél había satirizado en el prólogo de la primera parte y en algunos otros pasajes de la obra. Lo positivo es que el *Quijote* de Avellaneda lleva un fondo de malquerencia y de rencor, porque no sólo no puede ser buena la intención de un autor que oculto bajo un seudónimo intenta continuar la obra comenzada y, por tanto, ideada por otro, sino que, además de constituir un ataque traidor al amor propio de Cervantes, contiene injurias y agravios directos y declarados a la persona de éste, y le llena de los más duros improperios, llamándole manco, viejo, pobre, envidioso, malcontentadizo, murmurador, delincuente y encarcelado, y otras lindezas por el estilo.

A otro hombre que no hubiese sido Cervantes, tan avezado a las miserias humanas y tan profundo conocedor de los hombres y dueño de una formidable fuerza satírica como la suya, los desplantes del tal Avellaneda le hubiesen sacado de tino y alterado el humor por largo tiempo. Pero Cervantes conocía la casta de las almas ruines y envidiosas, y se contentó con hacer gala del más soberano desprecio



1602. Sable y vaina turcos. — 1600. Cimitarra de Alí Pachá, almirante turco de Lepanto. — 1562. Guantelete de abordaje turco. El resto, armas turcas de la época, menos el 1566 y 1572, que son puñales cristianos

en la contestación que, en el prólogo de la segunda parte de su obra, se dignó dar a los despropósitos de su enmascarado rival. No hay medio mejor para dar a conocer su grandeza de ánimo en esta ocasión, que transcribir íntegramente algunos de los párrafos de este prólogo, que revelan la suprema ecuanimidad del carácter de Cervantes en todas las mayores adversidades.

"Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote;* digo de aquel que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido, pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiese nacido en alguna taberna y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que

sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame envidioso, y que como a ignorante me describa qué cosa sea la envidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble y bien intencionada... Paréceme que me dices que ando muy limitado y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad... Dile también que de la amenaza que me hace, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite... La honra puede tenerla el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar a la nobleza, pero no obscurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente favorecida."

Pocas páginas de Cervantes pueden escogerse que junten con más vigor que ésta la nobleza extraordinaria de su carácter y la soberana superioridad con que sabía mirar las miserias de los hombres.

Por lo demás, al apócrifo *Quijote,* de Avellaneda, debe la Humanidad un inmenso beneficio; porque, sin duda, la

promesa de continuar y acabar la segunda y última parte de las hazañas del héroe manchego la hubiese Cervantes puesto en olvido y hubiese bajado al sepulcro sin concluirla, como hizo con la segunda parte de *La Galatea,* a no haber sido por la impertinente intromisión de aquel atrevido en la obra de nuestro autor. Esto le dió acicate para terminar su obra y confundir a aquel impertinente mal intencionado.

El *Quijote* de Avellaneda, si bien no resiste la comparación con el auténtico, ha quedado como una obra literaria apreciable, y llegó a gozar de cierta fama, sobre todo desde que el escritor francés Lesage publicó en París, el año 1704, una traducción, aunque muy alterada y enmendada. Uno de los defectos que obscurecen los méritos que pueda poseer la obra de Avellaneda, es la pobreza de invención y las groserías de lenguaje y obscenidades de algunos pasajes, que contrastan con el buen gusto que impera siempre en el auténtico *Don Quijote.*

La segunda parte del *Don Quijote* supera aún a la primera en pureza de estilo, y quizá en poder de invención; tampoco ofrece las largas digresiones que en la primera parte desvían y adormecen tan frecuentemente el interés del lector. Don Quijote vive de lleno dentro de su locura caballeresca y tiene menos arrebatos de lúcida elocuencia que en la primera parte; y en cuanto a Sancho Panza, hay que confesar que su figura crece, y lo que pierde en grosería lo gana en gracia y buen juicio. "La primera parte de Cervantes era un ensayo en el cual apenas había creído su autor; en la segunda muestra la seguridad de un maestro

aplaudido, confiado en su talento y en su popularidad." Así dice un eminente crítico.

Don Quijote, en la segunda parte, hace su tercera salida después de larga enfermedad. Después de diferentes aventuras, entre las que sobresale, por su interés y amenidad, la de las bodas de Camacho, hace el autor llegar al caballero andante y a su escudero a la regia mansión de unos duques. Conocedores éstos de la extraña locura de Don Quijote, le hacen una burla completa, fingiendo ellos y todos los que de ellos dependen en su palacio y sus posesiones, que toman en serio las ilusiones disparatadas en que vive el pobre hidalgo. Todas estas escenas, que se desarrollan en la mansión de los duques, forman el centro y la parte principal de la segunda parte, y en ellas hace Cervantes un verdadero derroche de gracia y de inventiva. Uno de los pasajes más justamente celebrados es el que dedica el autor a la descripción del gobierno y administración que Sancho Panza ejerce sobre un dominio imaginario que llaman "Ínsula Barataria", donde se revela Sancho el hombre más discreto y gracioso que pueda concebirse. Por fin, tomada la resolución de hacerse pastor y seguir la vida del campo, vuelven los dos héroes a su aldea, y allí Don Quijote cae gravemente enfermo y se prepara a morir. La muerte de Don Quijote, rodeado de su familia, del fiel Sancho Panza y de su amigo el bachiller Carrasco, es una de las páginas más sublimes del libro. El pobre hidalgo recobra su juicio en los umbrales de la muerte. No hay ponderación bastante para alabar como es debido el alto sentido moral de esta página incomparable, que cierra



D. QUIJOTE, CONVALECIENTE (Cuadro de M. Jadraque)

tan gravemente la larga serie de las graciosas locuras del hidalgo manchego. Hela aquí:

"Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba, porque ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero... Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso y no le contentó mucho, y dijo, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: "Bendito sea el poderoso Dios que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevían ni impiden los pecados de los hombres". Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío, y parecíeronle más

concertadas que él solía decirlas, a lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle: "¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son esas o qué pecados de los hombres?" "Las misericordias, respondió Don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos el cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento..." Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo: "Dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron el renombre de Bueno".

Publicóse la segunda parte del *Don Quijote* en 1615. No hay que decir que fué un éxito inmediato y superior al que había alcanzado la primera parte. Para hacerse cargo de la fama mundial que por aquellos años rodeaba el nombre de Cervantes, a pesar de la más que modesta situación

que en su patria ocupaba, nada puede ser más elocuente que lo que relata el licenciado Francisco Márquez de Torres, capellán del arzobispo de Toledo, al cual fué confiada la censura eclesiástica de la obra. "Certifico con verdad, dice, que en 25 de febrero, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, mi señor, a pagar la visita que a S. I. hizo el embajador de Francia, que vino a tratar cosas importantes a los casamientos de sus príncipes con los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del Cardenal, mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más válidos; y tocando acaso en este que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron a hacer lenguas, encareciendo la estimación en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenían sus obras *La Galatea,* que alguno dellos tiene casi de memoria la primera parte desta, y las *Novelas*. Fueron tanto sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre; a que uno respondió esas formales palabras: "¿Pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?" Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo: "Si necesidad ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundan-

cia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo".

Seguramente fué esta anécdota la que movió a Capmany a afirmar que Cervantes recibió ofrecimientos y solicitudes de Francia para pasar a residir en París como profesor de lengua castellana. Sabido es que en aquella época en toda Francia, y en París especialmente, estaba de moda el castellano, hasta el punto de que Cervantes mismo dijo que en Francia "ni varón ni mujer dejaba de aprender la lengua castellana". Pero no hay noticia que confirme esta afirmación de Capmany.

Cervantes vivía en este tiempo bajo la protección del cardenal-arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, a cuya influencia seguramente debió el no ser perseguido por la Inquisición, que, a pesar de la censura y aprobación de que había salido provista la obra, quiso proceder a una más minuciosa revisión. La revisión colígese que fué severa, por haber tildado del libro tan sólo una frase completamente insignificante. Aquel severo Tribunal, que ya había perseguido encarnizadamente a hombres tan gloriosos como Fray Luis de León, Benito Arias Montano y al Padre Juan de Mariana, se hubiera echado fácilmente y bajo cualquier pretexto sobre la obra de Cervantes, donde con tanta fuerza resplandece la libertad soberana del pensamiento, a no haber sido por una poderosa protección, que debió precaver el golpe.

Cervantes concluyó su obra *Trabajos de Persiles y Segismunda* el mismo año de la publicación de la segunda parte del *Don Quijote,* y salió a luz después de su muerte.



D. QUIJOTE EN LA JAULA (Cuadro de Moreno Carbonero)

Cervantes tenía una gran confianza en este libro, que, según él dijo, había de ser "o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto de los de entretenimiento". Pero este hijo póstumo de su ingenio no ha merecido de los hombres el aplauso y popularidad que su autor con tanta ilusión esperaba. Es cierto que, en cuanto a corrección y galanura de estilo, supera a sus anteriores obras; pero el asunto no logró interesar.

Enfermó de hidropesía y se agravó rápidamente. Ingresó devotamente en la Orden Tercera de San Francisco, y al cabo de unos días, experimentando algún alivio, probó de salir de casa y trasladóse a Esquivias, confiado en la eficacia de un cambio de aires y alimentos. No experimentando el esperado alivio, regresó a Madrid al cabo de unos pocos días. Volvió a agravarse, y serenamente se preparó para morir. En su lecho de muerte escribió aquellas palabras conmovedoras de la dedicatoria del *Persiles y Segismunda,* a su egregio protector el conde de Lemos. Fueron estas las últimas líneas que trazó su pluma inmortal:

"Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pie en el estribo,* quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo.

Ayer me dieron la Extremaunción y hoy escribo esto: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas men-

guan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto, hasta besar los pies a vuestra excelencia, que podría ser fuese tanto el contento de ver a vuestra excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa vuestra excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte, mostrando su intención."

Por fin, el 23 de abril de 1616, Cervantes murió la muerte serena del sabio y del justo. El mismo día que Cervantes dejaba de existir, expiraba en Inglaterra el célebre Shakespeare. El destino, que así hizo coincidir la hora de su muerte, los hermanó también en la gloria y la inmortalidad. Cervantes y Shakespeare, fundando aquél la novela moderna y éste el teatro moderno, plantan con su obra inmortal un jalón definitivo entre dos épocas del pensamiento humano: empieza con ellos la Edad Moderna y acaba la Edad Media.

El cuerpo de Cervantes recibió modestísimos honores en su sepelio. Fué llevado por cuatro hermanos de la Orden Tercera de San Francisco, de la que él era miembro, y fué enterrado en la iglesia de las Monjas Trinitarias, donde había profesado doña Isabel, su única hija. La obscuridad en que vivió en este mundo su nombre glorioso, fué causa de que su tumba, sencilla y sin inscripción ninguna, se confundiese entre las demás de aquel convento, ignorándose hoy todavía dónde descansan los restos del glorioso *manco de Lepanto*. A este triste resultado contribuyó tam-



Cervantes en sus últimos días escribe la dedicatoria al Conde de Lemos (Cuadro de E. Oliva)

bién, sin duda, el haber trasladado aquella comunidad su domicilio diez y siete años después; entonces recogieron los restos de los enterrados en su antiguo convento, y los depositaron, sin distinción, en una fosa común.

Poseemos datos suficientes para hacernos cargo de la apariencia corporal de Cervantes; pues él mismo se encargó de dar a la posteridad una maravillosa semblanza de su persona, en el *Prólogo* de las *Novelas ejemplares*. Hela aquí. En ella resplandece soberana la divina chispa de su piadosa ironía:

"Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y ésos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies, éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*... y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra."

Su carácter, su figura moral, nos la dan elocuentemente los mismos hechos de su vida y sus obras literarias. Una de las páginas en que más intensamente resplandece la profunda sabiduría del vivir y el conocimiento de los hombres que Cervantes había conquistado a fuerza de una

larga y dolorosa experiencia, es la que contiene los consejos que Don Quijote da a Sancho Panza antes de tomar las riendas de su gobierno en la Ínsula Barataria. He aquí algunos de esos sabios consejos:

"Primeramente ¡oh hijo! has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría; y siendo sabio, no podrás errar en nada.

"Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse; del conocerte saldrá el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

"— Así es la verdad, respondió Sancho; pero fué cuando muchacho; porque después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.

"— Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

"Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han



Casco turco conquistado en Lepanto (Armería Real de Madrid)

subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria; y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

"Mira, Sancho, si tomas por madre a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista; y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

"Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere a verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al Cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.

"Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, dotrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

"Si acaso enviudares (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, a tu *no quiero* de capilla; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

"Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

"Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

"Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

"Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

"Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

"Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlas en la verdad del caso.

"No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será a costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

"Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la substancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

"Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

"Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele pia-

doso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

"Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible. Casarás tus hijos como quisieres; títulos tendrán ellos y tus nietos; vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos.

"Esto, que hasta aquí te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma; escucha agora los que han de servir para adorno del cuerpo."

Pasó por el mundo obscuramente; tuvo sus amigos y adversarios como cualquier mortal; tuvo más desdichas que venturas y más penas que glorias. Tuvo también sus debilidades humanas y sus pasiones. Pero, en medio de su vida agitada de soldado, de cautivo, de oficial y de poeta menesteroso; en medio de su duro batallar con el destino, supo conservar incólume el tesoro imponderable que Dios había depositado en su noble inteligencia; y, ora en la cárcel y en el cautiverio, ora en su mísera boardilla de poeta desconocido, supo tener el heroísmo de resistir a los golpes de la fortuna y cumplió su misión, vertiendo por el conducto de su pluma, en sus obras inmortales, aquel tesoro de que su cerebro era único depositario. La piadosa sonrisa de su ironía con que él cubrió desde su elevación moral todas las adversidades que le cercaron en vida, fué la coraza de

duro acero que le protegió y le puso a salvo de todos los golpes que le asestó el mundo ignorante y desagradecido. El mundo, al asentarle definitivamente en su pedestal, no hace más que elevarse a sí mismo, porque la inteligencia y el corazón de Cervantes eran un vivo compendio de toda la Humanidad.

INDICE DEL CATALOGO

Libros de enseñanza

CARTILLA. — E. Homs

Método moderno de lectura; un tomo encuadernado con profusión de ilustraciones.

ESCRITURA PRACTICA NORTEAMERICANA. — E. Homs

Colección de diez cuadernos ilustrados.

CALIGRAFIA INGLESA

Colección de ocho cuadernos ilustrados.

DIBUJO ELEMENTAL. — C. B. Nualart

Colección de nueve cuadernos. Muy a propósito para iniciar en el dibujo a los niños.

GEOGRAFIA FISICA Y ASTRONOMICA. — Pablo Vila

Libro I. Un tomo ilustrado.

GEOGRAFIA UNIVERSAL. — J. Palau Vera

Libro II. Un tomo ilustrado.

GEOGRAFIA DE ESPAÑA Y PORTUGAL. — J. Palau Vera

Libro III. Un tomo con magníficas ilustraciones.

GEOGRAFIA HUMANA. — A. J. y F. D. Herbertson

Tomo con magníficas ilustraciones. Exposición clara de las relaciones que existen entre la actividad humana y la Geografía física.

GRAFICAS DE GEOGRAFIA

Tres cuadernos. Cada página está dispuesta para trazar gráficas comparativas.

CUADERNOS GEOGRAFICOS

Con mapas mudos destinados a trabajos gráficos y estadísticos.

GRAMATICA CASTELLANA. — M. de Montoliu

Tres tomos graduados, compuestos a base de la estructura del lenguaje.

SINONIMOS

Un tomo. Repertorio de palabras usuales castellanas de sentido análogo, semejante o aproximado.

ARITMETICA. — J. Palau Vera

Tres tomos graduados, ilustrados, compuestos según la más moderna técnica de la enseñanza de esta materia.

ARITMETICA MERCANTIL. — J. Palau Vera

Un tomo. Contiene todos los problemas que se presentan en la vida de los negocios.

GEOMETRIA. (Estudio de las formas). — J. Palau Vera

Un tomo. Magníficas ilustraciones. Las formas vivas, el cálculo aritmético, el dibujo, etc., están asociados en esta obra.

URBANIDAD. — Condesa del Castellá

Un tomo. El trato social se estudia en esta obra de un modo atractivo.

ECONOMIA DOMESTICA. — Adelina B. Estrada

Un tomo profusamente ilustrado con láminas en color. En él se hallan todos los conocimientos que en este ramo debe poseer la mujer para el mejor desempeño de su elevada misión en el hogar.

EL RESTORAN EN CASA (Manual de cocina práctica). — F. Sefaya

El presente manual es la tan esperada obra definitiva en su género.

LA EDUCACION DEL CIUDADANO. — J. PALAU VERA
Un tomo. Magníficas ilustraciones. Contiene un gran número de ejercicios prácticos y la parte teórica está desarrollada con un amplio criterio moderno.

Libros de lectura y de vulgarización científica

PRIMER LIBRO DE LECTURA
Un tomo ilustrado.

SEGUNDO LIBRO DE LECTURA
Un tomo ilustrado.

TERCER LIBRO DE LECTURA
Un tomo ilustrado. Serie graduada, de verdaderos documentos culturales.

LECCIONES DE COSAS
Tres tomos con magníficos grabados.

ESTUDIO EXPERIMENTAL de algunos animales que se encuentran en la casa, en el jardín o en el campo y en la granja. — J. PALAU VERA
Un tomo ilustrado. Esta obra debe considerarse como una introducción a la Zoología.

ESTUDIO EXPERIMENTAL de la vida de las plantas. — G. F. ATKINSON
Un tomo profusamente ilustrado. Esta pequeña obra maestra constituye una introducción a la Botánica.

EL ACUARIO DE AGUA DULCE. — S. MALUQUER NICOLAU
Un tomo magníficamente encuadernado, con numerosas ilustraciones y láminas en color.

LAS MARAVILLAS DEL CUERPO HUMANO. — OCTAVIO BÉLIARD
Un tomo con magníficas ilustraciones.

NUESTRO ORGANISMO. — J. VÁZQUEZ
Un tomo. Manual de conocimientos anatómicos y psicológicos; magnífica ilustración.

EL MAR. — CAPITÁN ARGÜELLO
I. El Mar en la Naturaleza. — *II. Las Conquistas del Hombre.* — *III. La Vida Submarina.* Tres tomos en 8.º magníficamente ilustrados.

LECTURAS GEOGRAFICAS. — DIEGO PASTOR
I. Asia y África. — *II. América y Oceanía.* — *III. Europa (excepto la Península Ibérica).* — *IV. España y Portugal.* Cuatro tomos con numerosas ilustraciones.

Literatura amena y estimulante

CUENTOS VIVOS. — APELES MESTRES
Serie primera; un tomo. Serie segunda; un tomo.

ROMANCERO CASTELLANO
Al alcance de los jóvenes. Un tomo con ilustraciones en color.

VIDAS DE GRANDES HOMBRES
Con magníficas ilustraciones. Tomos publicados: *Alejandro Magno, Julio César, Cervantes, Napoleón, Jaime I el Conquistador, Gonzalo de Córdoba (El Gran Capitán), Cristóbal Colón, Stephenson, Franklin, Dante, El Cid Campeador y Livingstone.*

FLOS SOPHORUM. — E. D'ORS
Ejemplario de la vida de los grandes sabios. Un tomo ilustrado.

LOS GRANDES EXPLORADORES ESPAÑOLES. — JOSÉ ESCOFET
Narraciones novelescas, con magníficas ilustraciones. Tomos publicados: *El Descubrimiento del Pacífico (Vasco Núñez de Balboa), La Fuente Encantada (Juan Ponce de León) y La Conquista de Méjico (Hernán Cortés).*

LIBROS DE AVENTURAS

Con numerosas ilustraciones y láminas en color. Tomos publicados: *Las Minas de Salomón, El Ojo de Guatama, La Golondrina, La Conquista del Fuego, La Isla del Tesoro y Aventuras de Robinsón.*

Trabajos manuales

TRABAJOS MANUALES Y JUEGOS INFANTILES. — F. Blanch

Un libro de utilidad indiscutible para los profesores y también para los padres que deseen educar eficazmente a sus hijos. Magníficas ilustraciones.

EJERCICIOS DE GEOGRAFIA

Colección de mapas dispuestos para recortar y pegar.

EL SECRETO DE LOS COLORES

Trabajo manual e instructivo al mismo tiempo.

LA TEJEDORA

Colección de modelos para tejer tiras de papel que están dispuestas para ello.

EL BORDADO DE BEBE

Colección de cartulinas perforadas, muy útiles para iniciarse en el bordado.

ENCUADERNACION

Un cuaderno dedicado a este oficio, que sugiere modos prácticos y sencillos de introducir tal ocupación en las escuelas.

FIGURAS GEOMETRICAS

Colección de 22 figuras geométricas recortadas y hendidas, dispuestas para montar y pegar.

Material escolar y Cartografía

MAPA DE ESPAÑA EN RELIEVE

De mucha utilidad para dar una idea clara del relieve geográfico de nuestra Patria.

PLANISFERIO MUDO (trazado sobre una proyección Mollweide, equivalente)

Con este Planisferio pueden los profesores de Geografía preparar un abundante material demostrativo para sus clases.

COLECCION CARTOGRAFICA MURAL DE MAPAS ESCOLARES MODERNOS. — P. Vila

Mapas publicados:
Europa (política)
España (política)
España (física)
América del Sur (política y física)

Biblioteca de cultura moderna

LA LOCURA ROJA. — Sergio de Chessin

Admirable "historia periodística" del bolcheviquismo.

EL INFIERNO BOLCHEVIQUE. — Roberto Vaucher

Sigue cronológicamente a la anterior.

LA REVOLUCION ALEMANA. — Gustavo Noske

Admirable obra escrita por el famoso ex ministro de la Defensa Nacional.

LA TRAGEDIA DE IRLANDA. — Darrel Figgis y Erskine Childers

Que por su interés extraordinario ha adquirido resonancia mundial.

LA NOVELA DE UNA EMPERATRIZ. — A. Filón

La vida romántica de aquella gran dama española que llegó a ser Emperatriz de Francia, está contada por uno de los más fieles, sagaces y amenos testigos que la presenciaron.

EN TORNO A LOS TRONOS QUE HE VISTO CAER. — Princesa Luisa de Bélgica

Personajes imperiales y reales que figuraron en el espantoso drama vivido por la humanidad desde 1914 a 1918.

EL ENSUEÑO DE EUROPA. — Gaziel

Figuras y escenas capitales de la política mundial contemporánea.

LA GUERRA NAVAL RUSO-JAPONESA. — W. Semenoff

Consta de cuatro tomos: *I. La agonía de un acorazado.* — *II. La expiación.* — *III. Camino del sacrificio.* — *IV. El precio de la sangre.*

LA GRAN FLOTA BRITANICA. — Sir John R. Jellicoe, *Almirante inglés*

El más completo de los libros aparecidos hasta la fecha sobre la fase naval de la Gran Guerra (1914-1918).

MIS RECUERDOS DE LA GUERRA. — E. Ludendorff

Traducción hecha directamente de la cuarta edición alemana.

HISTORIA COMICA DEL AUTOMOVIL (Will, Trimm y C.ª) por E. Kistemaeckers

Una novela donde revive el automovilismo desde su origen.

JUGUETES

EL TEATRO DE LOS NIÑOS. — C. B. Nualart

Juguete instructivo. Varios modelos para todas las fortunas. Obras completas para representar. Se han publicado diez y ocho obras.

MONTURA UNIVERSAL para personajes teatrales

Consiste en una tira de cartón con una planchita de hojalata en uno de sus extremos, que permite sujetar sólidamente los personajes.

TEATRO DE SILUETAS

Los personajes, por medio de su articulación, pueden cambiar de actitud.

MI PUEBLO. — C. B. Nualart

Juguete interesantísimo que deleita e instruye. Un pueblo que se organiza a voluntad. Consta de más de 200 piezas diferentes.

ARCHITEKTON. — Patentado. C. B. Nualart

Bellísimo juguete compuesto de piezas de cartón especial, que se montan por medio de un ingenioso ensamblaje.

SCENION. — C. B. Nualart

Magnífica colección de figuras en color. Permite formar vistosos desfiles de tropas y reconstituir imaginativamente épocas históricas.

CONSTRUCTOR

Hojas de cartulina para construir juguetes.

LAS TROPAS A TRAVES DE LOS TIEMPOS

Colección de figuras recortadas para componer formaciones.

Pídase nuestro Catálogo General



S. A. INDUSTRIAS GRÁFICAS


SEIX & BARRAL HERMS.